



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 261 - Abril 2025

*Manantial
inagotable de
misericordia*

Orad siempre, sin desfallecer

Mis buenas hijas en Jesucristo, poned en práctica la recomendación que nos dio nuestro divino Salvador, la de «orar siempre, sin desfallecer» (Lc 18, 1).

Pero me preguntaréis: ¿cómo podemos rezar siempre? Os respondo con los sagrados intérpretes y maestros espirituales diciendo que especialmente de tres maneras podemos rezar siempre. En primer lugar, adquiriendo el hábito, es decir, la virtud y el espíritu de oración, porque del mismo modo que se dice, por ejemplo, que una persona es caritativa, porque ha adquirido el hábito, la facilidad, la prontitud para hacer actos de caridad, y los practica siempre que se le presenta la ocasión, así también quien tiene la virtud, esto es, la disposición para rezar cada vez que debe o puede, se dice mercedadamente que está siempre en oración, como quiere el Señor, porque tiene en cuenta la buena voluntad. El hábito, pues, y el espíritu de oración asidua se adquieren rezando con frecuencia, pero sobre todo cuando la Santa Iglesia y la regla lo exigen.

De la misma manera, el precepto de rezar siempre se cumple con el uso frecuente de las jaculatorias tan calurosamente recomendadas por todos los maestros espirituales, y con las cuales elevamos la mente y el corazón a Dios y nos unimos a Él.

Por último, la recomendación divina de la oración continua se observa realizando todos



Reproducción

Beato Miguel Rua en un momento de oración

nuestros trabajos y acciones con diligencia y por amor a Dios, como nos exhorta el apóstol San Pablo (1 Cor 10, 31). Por eso escribe San Beda el Venerable: «Reza siempre quien obra según la voluntad de Dios». Y San Basilio dice: «Quien obra siempre bien, reza siempre»; y se obra siempre bien cuando tenemos la recta intención de dar gloria a Dios.

DESRAMAUT, SDB, Francis. *Vita di Don Michele Rua, primo successore di Don Bosco.*

Roma: LAS, 2009, p. 236.

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Publicado por:
Heralds of the Gospel Foundation
P.O. Box 42359
Houston, TX 77242
United States of America
Phone: 281-676-8526
E-mail: hgmag@heraldsusa.org
www.heraldsusa.org

Virgin of Fatima Association
P. O. Box 698
Nobleton, ON L0G 1N0
Canadá
Phone: 1-800-674-3410
www.virginfatima.org
E-mail: vfa@virginfatima.org
Canadian Publications Mail,
Sales Agreement No. 40035333

Heraldos del Evangelio - Futuro y Vida AC
Calle Santiago, 262 K
San Jerónimo Lidice
Alc. Magdalena Contreras
C.P. 10200 - Ciudad de México
México
Tel: 552591.9161
E-mail: respuestas@heraldosmexico.org

Impreso en Brasil
Laser Press Gráfica e Editora Ltda
Rua Mateo Forte, nº 55 - Água Branca
São Paulo - CEP: 05038-160
CNPJ: 64.907.926/0001-48
Tel: +55 11 3823-3000

© 2025 Heraldos del Evangelio. Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción de cualquier artículo, siempre que se acredite la fuente y se envíe una copia a la Revista Heraldos de Evangelio. La responsabilidad por lo expresado en los artículos y notas es estrictamente de sus autores.

Para suscribirse, póngase en contacto con cualquiera de las direcciones indicadas anteriormente.

SUMARIO

➔ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➔ EDITORIAL	
La misericordia que abraza la justicia	5
➔ LA VOZ DE LOS PAPAS	
La misericordia no excluye la justicia	6
➔ LA LITURGIA DOMINICAL	
La única obra escrita por Jesús	8
Proclamación de la realeza de Cristo	9
El sustento para la certeza de la victoria.....	10
Tres lecciones de misericordia	11
➔ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Misterio de amor inimaginable	12
➔ TEMA DEL MES –	
APARICIONES DE JESÚS MISERICORDIOSO	
A SANTA FAUSTINA	
La misericordia de Dios manifestada	
a los hombres	16
El diario de un alma escogida	20
➔ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
El mayor acto de misericordia	23
➔ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
En el glorioso camino	
de los callejones sin salida	24
➔ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
Epifanía de la omnipotencia	27
➔ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
El Renacimiento – El pasado tiene novedades.....	28
➔ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA	
Mi sitio es... ¡exactamente mi sitio!	32
➔ VIDAS DE SANTOS	
San Hermann José – Un segundo José	34
➔ DOÑA LUCILIA –	
LUCES DE UNA MATERNAL INTERCESIÓN	
Doña Lucilia, ¡ayúdame!.....	38
➔ HERALDOS EN EL MUNDO	42
➔ VERDADES CATÓLICAS	
Una virtud oculta en simples palabras	46
➔ ¿SABÍAS... ..	49
➔ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Entre el monasterio y el centro comercial ...	50



João Paulo Rodrigues

12 Confianza inquebrantable en el perdón del Redentor



Emellet (CC by-sa 4.0)

16 «Que el pecador no tema acercarse a mí»



Jörg Bittner Unna (CC by 3.0)

28 Renacimiento: ¿pasado o presente?



Jörg Bittner Unna (CC by 3.0)

50 ¿Un palacio? No... ¡Un hospital de caridad!

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

En el artículo «Actuando en el pasado, presente y futuro...», de la edición de enero, Mons. João dice que «podemos rezar por los fallecidos mucho después de su muerte para impedir que el demonio ejerza su acción sobre ellos, y para que reciban una gracia eficaz de conversión en la hora de su agonía o tengan una buena muerte, confiados en la misericordia divina y en la bondad maternal de la Santísima Virgen, para que sus almas salgan de sus cuerpos con tranquilidad, alegría y júbilo y puedan subir al Cielo de la manera más hermosa». Pero ¿y si la persona no se ha salvado? Rezamos para que haya tenido una buena muerte, se haya convertido en el último momento o se haya salvado. Pero si la persona no se convirtió, no se arrepintió de sus pecados a tiempo —o no quiso arrepentirse—, ¿tiene algún valor esa oración?

Verónica Dias Gonçalves - Vía revista.arautos.org

Cuando hablamos de oración, hemos de tener en cuenta dos elementos relacionados con ella: la eficacia y el mérito.

Se considera que la oración es eficaz cuando la súplica es escuchada favorablemente y alcanza su objetivo. En los santos evangelios hay numerosos relatos de peticiones hechas al Señor que Él respondía de inmediato: recuperación de la vista, liberación de endemoniados, curación de leprosos... Se trata de innumerables milagros fruto de una plegaria formulada con fe y humildad, como la del leproso: «Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Lc 5, 12).

Sin embargo, la oración no siempre es eficaz. Esto ocurre por varias razones, como: por falta de fe, de confianza o de perseverancia; porque lo que pedimos no conviene a nuestra salvación; finalmente, porque no depende sólo de Dios y de nosotros que la oración sea atendida, sino también de la persona por la que rezamos, ya que ésta, en ejercicio de su libertad, puede rechazar las gracias que nuestra oración le obtiene.

Según Santo Tomás, para que la oración sea eficaz se requieren cuatro condiciones: pedir por sí mismo, pedir cosas necesarias para la salvación, hacerlo con piedad y con perseverancia (cf. *Suma Teológica*. II-II, q. 83, a. 15, ad 2). La primera, que pareciera un incentivo al egoísmo, en realidad no es más que una precisión teológica. Siguiendo con el tema de la oración en la *Suma Teológica*, el Doctor Angélico nos anima encarecidamente a rezar por el prójimo:

«Debemos pedir en la oración lo que debemos desear. Pero debemos desear bienes no sólo para nosotros, sino también para los demás, pues esto pertenece a la esencia misma del

amor debido al prójimo [...]. A este propósito dice el Crisóstomo: “La necesidad obliga a cada uno a orar por sí mismo; la caridad fraterna nos exhorta a hacerlo por los demás”. Pero la oración más grata a Dios no es la que eleva al Cielo la necesidad, sino la que la caridad fraterna nos encomienda» (a. 7).

De este modo, queda claro que la oración hecha por el prójimo es sumamente agradable a Dios; pero no siempre es eficaz. ¿En qué consiste entonces su valor? El propio Santo Tomás nos responde:

«A veces, acontece que la oración a favor de otro, aunque se haga piadosa y perseverantemente, y se pidan bienes conducentes a la salvación, no los impetra porque hay algún impedimento por parte de la persona por quien se ora, según aquello de Jeremías: “Aunque se me pongan delante Moisés y Samuel, mi alma no está de parte de ese pueblo” (15, 1). Con eso y con todo, la oración será meritoria para el que ora por caridad, según aquello del salmo: “Mi oración se volverá a mí en mi seno” (34, 13), esto es, dice la Glosa interlineal: “Aunque a ellos no les aprovechó, yo no quedé sin recompensa”» (a. 7, ad 2).

Por lo tanto, en el caso planteado por Verónica, aunque la oración no sea eficaz en cuanto a la intención expresada, tendrá el valor de obtener méritos con vistas a la vida eterna para quien la hizo y, por consiguiente, le será muy provechosa. Adicionalmente, podemos decir que Dios, al recibir tal plegaria, tiene el poder soberano de aplicarla a cualquier otra intención conveniente para el bien de las almas y de la Santa Iglesia, razón por la cual una oración nunca se hace en vano.

LA MISERICORDIA QUE ABRAZA LA JUSTICIA



Entre los estoicos, la misericordia era considerada una flaqueza humana o incluso una *ægritudo animi*, una enfermedad del alma. Desde esa perspectiva, a un hombre verdaderamente virtuoso no le correspondería compadecerse de la miseria ajena. Para Aristóteles, solamente sería digno de conmiseración el desdichado que no cometiera actos viles. Los que sí lo hicieran serían objeto de reprobación, nunca de compasión.

No obstante, el Señor mostró que la misericordia debía dirigirse tanto a los que sufren una miseria fortuita como a los pecadores, que fueron beneficiarios de la Redención. Además, el Salvador reveló que vino para los miserables, los enfermos, y no para los sanos (cf. Mc 2, 17).

Pero hemos de entender bien qué significa la misericordia y quiénes son los miserables.

San Agustín define la misericordia como «una cierta compasión de la miseria ajena nacida en nuestro corazón, por la que, si podemos, nos vemos forzados a socorrerle» (*De Civitate Dei*. L. IX, c. 5). Ahora bien, la miseria se opone a la felicidad, es decir, a la plena satisfacción de la posesión del bien, el cual todos los hombres desean por naturaleza. De ahí que el obispo de Hipona añadiera: «Sólo es feliz el que posee todo lo que desea y no desea nada malo» (*De Trinitate*. L. XIII, c. 5).

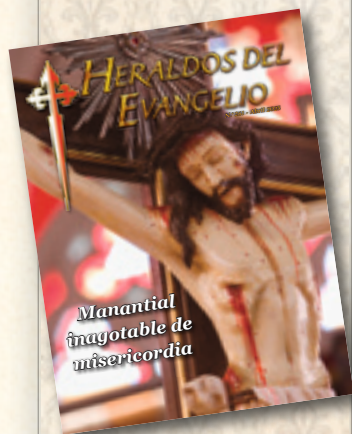
Contrariamente a lo que predica el utilitarismo, la mayor miseria humana no es la pobreza o la privación de cualquier bien temporal, sino el pecado. Por eso el Buen Pastor vino, ante todo, a curar esa herida.

En los últimos tiempos se ha hablado mucho de la misericordia divina en el ámbito teológico y pastoral, subrayando sobre todo su naturaleza ilimitada. En efecto, «Dios es rico en misericordia» (Ef 2, 4). Además, como enseña el Doctor Angélico, la misericordia es la mayor de las virtudes cuando se refiere a Dios, porque «le compete volcarse en los otros, y, lo que es más aún, socorrer sus deficiencias; esto, en realidad, es lo peculiar del superior. Por eso se señala también como propio de Dios tener misericordia, y se dice que en ella se manifiesta de manera extraordinaria su omnipotencia» (*Suma Teológica*. II-II, q. 30, a. 4).

Sin embargo, cuando hoy se habla de misericordia, a menudo se olvida su causa final: la *enmienda de las deficiencias*, para la unión con Dios y la consiguiente felicidad, la bienaventuranza en el Cielo. Aunque esto no se logra por mera «tolerancia», por un anodino «diálogo» y ni siquiera por indiferencia con respecto del pecado. Misericordia no es complacencia. Al contrario, se muestra «intransigente» al buscar la salvación del pecador a toda costa.

Por eso las grandes misericordias a veces tienen lugar a través de ingentes acciones punitivas. Y, en este sentido, Dios fue infinitamente misericordioso en la aplicación de las penas a Adán y Eva, en el diluvio, en la confusión de las lenguas y en el mayor de los dolores, la cruz de Cristo. En ocasiones el sufrimiento es un «mensaje divino» sumamente eficaz para rescatar a los miserables de su miseria. En efecto, el padre que «no usa la vara odia a su hijo» (Prov 13, 24).

En ese panorama, la Virgen se mostró efectivamente Madre de misericordia en Fátima, como anunciadora no sólo de la felicidad eterna para quien se convirtiera, sino también del castigo como medio disuasorio de su justicia y puerta de la misericordia divina. En Dios, la misericordia es tan sublime que abraza incluso la justicia. ✠



Crucifijo - Basílica
de Nuestra Señora
del Rosario,
Caieiras (Brasil)

Foto: Gustavo Kralj



La misericordia no excluye la justicia

Justicia y misericordia son realidades diferentes sólo para nosotros los hombres. En Dios, ambas coinciden; no hay acción justa que no sea también acto de misericordia y de perdón y no hay una acción misericordiosa que no sea perfectamente justa.

LA MISERICORDIA ES EL NOMBRE MISMO DE DIOS

La misericordia es el núcleo central del mensaje evangélico, es el nombre mismo de Dios, el rostro con el que se reveló en la antigua alianza y plenamente en Jesucristo, encarnación del Amor creador y redentor. Este amor de misericordia ilumina también el rostro de la Iglesia y se manifiesta mediante los sacramentos, especialmente el de la reconciliación, y mediante las obras de caridad, comunitarias e individuales.

Fragmento de: BENEDICTO XVI.
Regina Caeli, 30/3/2008.

PERO HAY VERDADES MENOS AGRADABLES DE OÍR...

Es agradable oír que Dios tiene mucha ternura con nosotros, más ternura aún que la de una madre con sus hijos, como dice Isaías. Qué agradable es esto y qué acorde con nuestro modo de ser: [...]

En cambio, ante otras verdades, sentimos dificultad. Dios debe castigarme si me obstino; me sigue, me suplica que me convierta, y yo le digo: ¡No!; y así casi le obligo yo mismo a castigarme. Esto no gusta. Pero es verdad de fe.

Fragmentos de: JUAN PABLO I.
Audiencia general, 13/9/1978.

EN DIOS, MISERICORDIA Y JUSTICIA SE ENTRELAZAN

Justicia y misericordia, justicia y caridad [...] son dos realidades diferentes sólo para nosotros los hombres, que distinguimos atentamente un acto justo de un acto de amor. Justo, para nosotros, es «lo que se debe al otro», mientras que misericordioso es lo que se dona por bondad. Y una cosa parece excluir a la otra.

Pero para Dios no es así: en Él justicia y caridad coinciden; no hay acción justa que no sea también acto de misericordia y de perdón y, al mismo tiempo, no hay una acción misericordiosa que no sea perfectamente justa.

Fragmentos de: BENEDICTO XVI.
Discurso, 18/12/2011.

EL MISMO JESÚS QUE DESBORDA MISERICORDIA TAMBIÉN CASTIGA

Está de moda en algunos medios eliminar, primeramente, la divinidad de Jesucristo y, luego, no hablar más que de su soberana mansedumbre, de su compasión por todas las miserias humanas, de sus apremiantes exhortaciones al amor del prójimo y a la fraternidad. Ciertamente, Jesús nos ha amado con un amor inmenso, infinito, y ha venido a la tierra a sufrir y morir

para que, reunidos alrededor de Él en la justicia y en el amor, animados de los mismos sentimientos de caridad mutua, todos los hombres vivan en la paz y en la felicidad.

Pero a la realización de esta felicidad temporal y eterna ha puesto, con autoridad soberana, la condición de que se forme parte de su rebaño, que se acepte su doctrina, que se practique su virtud y que se deje uno enseñar y guiar por Pedro y sus sucesores. Porque si Jesús ha sido bueno para los extraviados y los pecadores, no ha respetado sus convicciones erróneas, por muy sinceras que pareciesen; los ha amado a todos para instruirlos, convertirlos y salvarlos. [...]

Si su Corazón desbordaba mansedumbre para las almas de buena voluntad, ha sabido igualmente armarse de una santa indignación contra los profanadores de la casa de Dios (cf. Mt 21, 13; Lc 19, 46), contra los miserables que escandalizan a los pequeños (cf. Lc 17, 2), contra las autoridades que agobian al pueblo bajo el peso de onerosas cargas sin poner en ellas ni un dedo para aliviarlas (cf. Mt 23, 4). Ha sido tan enérgico como dulce; ha reprendido, amenazado, castigado, sabiendo y enseñándonos que con frecuencia el temor es el comienzo de la sabiduría (cf. Prov 1, 7;

9, 10) y que conviene a veces cortar un miembro para salvar al cuerpo (cf. Mt 18, 8-9).

Fragmentos de: SAN PÍO X.
Notre charge apostolique,
25/8/1910.

LA PALABRA DE DIOS ES EXIGENTE Y SACUDE LAS CONCIENCIAS

Esta mansedumbre y humildad de corazón en modo alguno significa debilidad. Al contrario, Jesús es exigente. Su Evangelio es exigente. ¿No ha sido Él quien ha advertido: «El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí»? Y poco después: «El que encuentre su vida la perderá y el que pierda su vida por mí la encontrará» (Mt 10, 38-39). Es una especie de radicalismo no sólo en el lenguaje evangélico, sino en las exigencias reales del seguimiento de Cristo. [...]

Jesús quiere hacernos comprender que el Evangelio es exigente y que exigir quiere decir también agitar las conciencias, no permitir que se recuesten en una falsa «paz», en la cual se hacen cada vez más insensibles y obtusas, en la medida en que en ellas se vacían de valor las realidades espirituales, perdiendo toda resonancia. [...]

Jesús es exigente. No duro o inexorablemente severo, sino fuerte y sin equívocos cuando llama a alguien a vivir en la verdad.

Fragmentos de:
SAN JUAN PABLO II.
Audiencia general, 8/6/1988.

POR MISERICORDIA, LA IGLESIA DEBE RECORDAR LA VERDAD

Todo lo que la Iglesia dice y realiza, manifiesta la misericordia que Dios tiene para con el hombre. Cuando la Iglesia debe recordar una verdad olvidada, o un bien traicionado, lo



João Paulo Rodrigues

**El Señor desbordaba mansedumbre para las
almas de buena voluntad, pero sabía igualmente
armarse de una santa indignación contra
los profanadores de la casa de Dios**

Jesús expulsa a los mercaderes del Templo - Basílica
de Nuestra Señora de Nazaret, Belém (Brasil)

hace siempre impulsada por el amor misericordioso, para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (cf. Jn 10, 10).

Fragmento de: BENEDICTO XVI.
Regina Caeli, 30/3/2008.

LA GRACIA NO CONVIERTE LA INJUSTICIA EN DERECHO

Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Pero en su justicia está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada hacia el Cristo crucificado y resucitado. Ambas —justicia y gracia— han de ser vistas en su justa relación interior. La gracia no excluye la justicia. No convierte la injusticia en derecho. No es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha he-

cho en la tierra acabe por tener siempre igual valor.

Fragmento de:
BENEDICTO XVI.
Spe salvi, 30/11/2007.

LA ÚLTIMA PALABRA ES EL PERDÓN, PARA LOS CORAZONES ARREPENTIDOS

Dios recurre al castigo como medio para llamar al recto camino a los pecadores sordos a otras llamadas. Sin embargo, la última palabra del Dios justo sigue siendo la del amor y el perdón; su deseo profundo es poder abrazar de nuevo a los hijos rebeldes que vuelven a Él con un corazón arrepentido.

Fragmento de:
SAN JUAN PABLO II.
Audiencia general, 13/8/2003.

QUE NADIE MENOSPREE LA BENIGNIDAD DE DIOS

Pensadlo, queridísimos hermanos: la bondad divina ha eliminado toda escapatoria a nuestro endurecimiento; el hombre ya

no puede encontrar excusa. Dios es despreciado, y espera; se ve desdénado, y lanza un nuevo llamamiento; soporta la injusticia de este desdén, sin embargo, llega al extremo de prometer recompensar a quienes un día u otro regresen a Él.

Pero que nadie haga caso omiso a esta longanimidad, pues durante el juicio impondrá una justicia aún más severa que el favor de una paciencia mayor que hubiera manifestado antes del juicio. [...] Es llamado pagador paciente porque a la vez soporta los pecados de los hombres y les da su salario. A quienes soporta durante mucho tiempo para que se conviertan, los condena más severamente si no se convierten.

Fragmentos de: SAN GREGORIO
MAGNO. *Homilias sobre
el Evangelio*. Homilía XIII, n.º 5.



La única obra escrita por Jesús



✠ P. Erick María Bernardes Marchel, EP

Las únicas palabras escritas por el divino Redentor, como lo registran los evangelios, nos muestran sus intenciones más profundas para con la humanidad pecadora

Se estaba celebrando la que era considerada por muchos la más santa de las conmemoraciones judías: la fiesta de las Tiendas. Con todo el pueblo reunido en torno de Jesús, se creó un momento oportuno para que sus enemigos intentaran hacerlo caer en una trampa.

Le presentaron una mujer sorprendida en flagrante adulterio, argumentando que, según Moisés, debía ser apedreada (cf. Jn 8, 3-5). Sin embargo, la ley promulgada por el gran profeta del Antiguo Testamento —«Si un hombre comete adulterio con la mujer de su prójimo, serán castigados con la muerte: el adúltero y la adúltera» (Lev 20, 10)— presuponía la implicación de dos personas. ¿Dónde estaba el segundo delincuente?

¿No sería éste quizá uno de los acusadores que, a ejemplo de sus predecesores —ancianos agostados por el mal (cf. Dan 13, 52)— había logrado chantajear a una débil hija de Israel para que prevaricara?

El hecho es que Nuestro Señor Jesucristo se encontraba ante una maquiavélica cuestión: absolver a la adúltera, quebrantando la ley mosaica, o condenarla, infringiendo la ley romana, que vedaba a los judíos el derecho de vida y muerte.

Convencidos de que habían acorralado al divino Maestro, los fariseos lo observaban con atención. Pero Él, «inclinándose, escribía con el dedo en el suelo» (Jn 8, 6).

La actitud de Jesús y el contenido de la inscripción suscitan discusiones entre los exegetas; no obstante, merece la pena destacar el hecho de que es la única mención en los evangelios a que haya escrito algo. Se inclinó y escribió. ¿Habrá sido una manera de desdeñar a quienes querían condenarlo?

San Jerónimo¹ comparte la hipótesis de que las palabras que el Señor trazó en el suelo, delante de todos los circunstantes, revelaban los pecados cometidos por los acusadores, merecedores del mismo castigo que la adúltera. Enriqueciendo su censura escrita con la grave, armoniosa y clara respuesta: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra» (Jn 8, 7), el Salvador produjo un sorprendente efecto: «se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos» (Jn 8, 9).

Al no haber más acusadores ni testigos, el juicio concluía, conforme a las legislaciones mosaica y romana. Había sido una vergonzosa derrota para los fariseos. El justo y divino Juez se dirige entonces a la rea para pronunciar la sentencia, añadiendo una recomendación: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más» (Jn 8, 11).

Si el apóstol virgen, por designio divino, no nos dejó como legado en su evangelio las palabras escritas en las «páginas» de esa sublime obra compuesta por Nuestro Señor Jesucristo durante su aplastante victoria sobre los maestros de la ley y los fariseos, no podemos negar que entre líneas se lee claramente, con letras brillantes, su título: *El perdón*. ✠

Cristo y la mujer adúltera - Iglesia de San Bernardino alle Ossa, Milán (Italia)



¹ Cf. SAN JERÓNIMO. *Adversus pelagianos*. L. II, n.º 17: PL 23, 553.

Proclamación de la realeza de Cristo

✠ P. Fabio Hideki Kobayashi, EP



El Domingo de Ramos marca el inicio de la Semana Santa, un período de profunda reflexión y significado, que culminará en la fiesta más importante del año litúrgico: la Pascua de Resurrección. El pasaje del Evangelio de San Lucas (Lc 19, 28-40) elegido para la procesión de este día narra la entrada triunfal del Señor en Jerusalén, un acontecimiento cargado de simbolismo.

La imagen de Jesús montado en un pollino a menudo se interpreta como un signo de su humildad. Sin embargo, un análisis en profundidad revela un mensaje más complejo y rico sobre su realeza, que Él mismo proclamará ante Pilato: «Soy rey» (Jn 18, 37).

En la Antigüedad se reconocía el derecho de requisa, que consistía en la prerrogativa real de exigir cualquier bien a los súbditos. Cuando les ordena a sus discípulos que trajeran un pollino, Jesús hacía valer ese derecho:

«Si alguien os pregunta: “¿Por qué lo desatáis”, le diréis así: “El Señor lo necesita”» (Lc 19, 31).

Además, el evangelista observa que los discípulos «ayudaron a Jesús a montar» (Lc 19, 35) sobre el pollino. Esta frase se hace eco de las palabras empleadas por David cuando ordenó coronar a su hijo: «Montad a mi hijo Salomón en mi propia mula; bajadlo a Guijón y allí lo ungirán rey de Israel el sacerdote Sadoc y Natán, el profeta» (1 Re 1, 33-34).

Las multitudes que acompañaban al Señor, comprendiendo inmediatamente tales evocacio-

nes, extendieron sus mantos a lo largo del camino —gesto de honor, de reconocimiento real y de sumisión—, como lo hicieron los siervos de Eliseo cuando ungieron a Jehú como soberano, extendiendo sus mantos en el suelo en reconocimiento de su autoridad (cf. 2 Re 9, 13). Este acto, junto con los gritos de «¡Bendito el rey que viene en

el nombre del Señor!» (Lc 19, 38), proclamaba a Jesús como el Rey mesiánico esperado.

Así aclamado en su entrada en Jerusalén, el Redentor demuestra, no obstante, una realeza singular, distinta de los patrones mundanos de autoridad y dominio. Se trata de un rey que, paradójicamente, se humilla hasta la muerte para liberar a sus súbditos del pecado y reconciliarlos con Dios: según vemos en la proclamación de la Pasión que se hace hoy, tiene como corona las espinas, como trono la cruz, como cetro el amor incondicional. El

Señor no busca el poder para sí, sino que lo utiliza para servir y amar, revelando el verdadero rostro de la realeza divina: un amor que se entrega y se sacrifica por la salvación de todos.

Sigamos el ejemplo del Señor, el rey que se hizo siervo, y aprendamos de Él a amar y a servir con humilde generosidad. Que en esta Semana Santa podamos dar pruebas sinceras de nuestra devoción mediante el propósito de vivir conforme a la ley de Dios, para celebrar la Pascua con un corazón renovado y lleno de esperanza. ✠



«Entrada de Jesús en Jerusalén»,
de Lippo Memmi - Iglesia Colegiata de
Santa María Asunta, San Gimignano (Italia)

En una sublime proclamación de su realeza, llena de rico simbolismo, el Señor se presenta como un rey dispuesto a hacer una entrega completa en favor de sus amados súbditos

El sustento para la certeza de la victoria



✠ P. Louis Goyard, EP

Pese a las aparentes derrotas del bien a lo largo de la historia y, sobre todo, en el terrible escenario de nuestros días, la Resurrección del Señor es prenda inquebrantable de victoria para los buenos

La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, la conmemoración más solemne del año litúrgico, es la fiesta de la victoria absoluta del bien sobre el mal, que da sentido a toda la historia. Para Dios, que está fuera del tiempo, es un presente eterno; para nosotros, es la celebración presente de una victoria pasada, que garantiza el triunfo futuro y definitivo.

Se trata, sin duda, de la prenda de nuestra propia resurrección, pero sobre todo la demostración de que Dios siempre vence, al infundirnos la certeza del cumplimiento de su plan sobre la creación.

¿Cómo se forma en nosotros esa certeza?

En la primera lectura (Hch 10, 34.37-43) San Pedro insiste en la importancia del testimonio. ¿Cuáles son los testigos presentados por él? Primero, las obras que Jesús realizó, que atestiguan que el Padre lo había enviado (cf. Jn 5, 36); después, los que acompañaron al Señor, que presenciaron la realiza-

ción de esas obras; finalmente, el inmenso cortejo de almas fieles a la tradición de la Iglesia, mediante la cual se establece una continuidad a lo largo de los siglos, de testigo en testigo, pasando por nosotros hasta llegar al fin del mundo.

Ya en el Evangelio (Jn 20, 1-9) encontramos algunas circunstancias históricas de la Resurrección, acreditadas por muchas personas, cuyo testimonio dio origen a esta inmensa estela de luz.

De modo que si tenemos mérito en creer en la Resurrección de Cristo por la adhesión a la fe de la Iglesia, la victoria de Cristo sobre el mal es una mera consecuencia lógica de esa misma fe, porque Él afirmó que ya había vencido al mundo (cf. Jn 16, 33).

Ese triunfo, sin duda, sólo será definitivo en el Juicio final. Hasta entonces, se multiplicarán los vaivenes, y las conquistas de Dios parecerán efímeras... Aunque no lo son, si se las considera en el conjunto más amplio de la historia. En efecto, una guerra se compone de varios enfrentamientos, cada uno con episodios diferentes. Hay éxitos y fracasos, pero al término de las batallas sólo hay un vencedor: habiendo derrotado a sus adversarios, sus peores reveses serán su mayor gloria.

Viendo como el mal se extiende en la tierra, podríamos dudar de esta victoria final de Dios. Ahora bien, la Resurrección del Señor proclama precisamente lo contrario: ningún poder humano ha logrado derrotarlo, ni la muerte dominarlo. ¿Quién podrá oponerle resistencia?

Ahora bien, todo lo que se ha dicho sobre la «inderrotabilidad» de Cristo puede y debe ser aplicado a la Iglesia, en virtud de la promesa de inmortalidad que la asiste (cf. Mt 16, 18), demostrada innumerables veces a lo largo de la historia. ¿Cómo podemos dudar de que Él sea capaz de cumplirla?

Así pues, la fiesta de la Pascua es fuente de gallardía y brío, para nosotros, por ser cristianos, que nos ayuda a luchar con denuedo hasta el final y a participar, con Cristo, en su victoria. ✠



«La Resurrección», del Maestro dell'Osservanza - Instituto de las Artes, Detroit (Estados Unidos)

Reproducción

Tres lecciones de misericordia

✠ P. Francisco Berrizbeitia Hernández, EP



En el segundo domingo de Pascua, San Juan recoge tres grandes lecciones de misericordia de Jesucristo para con su Iglesia.

Cuando el Señor se aparece en el cenáculo, sus primeras palabras son: «Paz a vosotros» (Jn 20, 19). Con este saludo les transmite a los Apóstoles la serenidad que les había faltado durante su Pasión y muerte en la cruz, acobardados ante la perspectiva de perder sus propias vidas. La paz de Cristo era el antídoto sobrenatural que necesitaban.

Como efecto de esa paz, Jesús les comunica a los Apóstoles el divino Paráclito e instituye el sacramento de la penitencia, dándoles el poder de perdonar los pecados: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23). Establecía así el mas alto tribunal de la tierra, en el que el propio Cristo, en la persona de sus ministros, absuelve de sus culpas al penitente arrepentido.

Ocho días después, la paz también es infundida en el alma del apóstol Santo Tomás, el mismo que había pedido seguir a Cristo, recibiendo la revelación de que Él era «el camino y la verdad y la vida» (Jn 14, 6). Sin embargo, después de la muerte de Jesús, dominado por el miedo, la incredulidad y la falta de confianza, ese discípulo se negaba a creer en su Resurrección. «Hemos visto al Señor», le decían sus hermanos; a lo que les contestaba: «Si

no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo» (Jn 20, 25). El divino Maestro lo llamó paternalmente hacia sí y atendió su petición, concluyendo: «No seas incrédulo, sino creyente» (Jn 20, 27).

Ciertamente en la vocación de Tomás estaba el enseñar a los pueblos que el verdadero y único camino a seguir es el que

él mismo aprendió de labios del Redentor. El Señor le permitió esta prueba para que, superado el obstáculo, el Apóstol se convirtiera en un testigo fiel de su persona y llevara la Buena Noticia hasta los confines de la tierra. De hecho, evangelizó Persia y la India, donde murió martirizado.

Hay incluso misteriosos indicios de su predicación en América, recogidos en las tradiciones indígenas de este continente.

Quedémonos con las tres grandes lecciones que el Señor

nos da en este domingo dedicado a su misericordia: buscar la paz de Cristo es el único camino a seguir para que la humanidad, sumergida en las tinieblas de la incredulidad, pueda reerguirse; si nuestra conciencia nos acusa de alguna falta, no dudemos en buscar el tribunal de la misericordia, que es la confesión, y entonces obtendremos la paz; cuando nuestra alma se sienta envuelta por las sombras de la incertidumbre, sigamos lo que Santo Tomás aprendió de Jesús: «Tened confianza, yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33). ✠



Jesús se aparece a los Apóstoles en el cenáculo - Iglesia de San Miguel y Todos los Ángeles, Southwick (Inglaterra)

Cuando Jesús se les aparece a sus discípulos después de la Resurrección, Jesús les dirige tres palabras, que se presentan hoy como camino seguro para la humanidad descarriada



Misterio de amor inimaginable

A la vista de nuestras faltas e imperfecciones, no debemos afligirnos, pues nuestras miserias nos proporcionan el medio más fácil de alcanzar los pináculos de la santidad.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Nunca me olvidaré de un hermoso episodio, contado por el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira con todo detalle, que le ocurrió a una familia muy distinguida, de buena tradición y fortuna, perteneciente a la aristocracia de São Paulo, en la época en que él era pequeño. Había un matrimonio que no podía tener hijos. Sin embargo, ambos lo lamentaban y querían adoptar a un niño a la altura de su condición, que pudiera dar continuidad a su nombre.

Un día recibieron en su casa la visita de una mujer que llevaba una niña en brazos. Esta pobre madre les contó su historia entre las lágrimas, diciéndoles que estaba atravesando dificultades familiares y económicas, y que no tenía medios para educar a la bebé. Sabiendo que la pareja deseaba tener descendencia, les ofrecía a su hija para que la criaran.

Los dos esposos se miraron entre sí..., se entendieron por intuición y decidieron rechazar la oferta, porque no sentían seguridad en ese caso. Pero la madre angustiada, queriendo salvar a la niña, le destapó un poco un pie e insistió:

—Además, nació con un defecto: tiene un pie torcido. Ni siquiera tengo

recursos para pagar una consulta médica, y va a crecer así...

Entonces la señora de la casa se compadeció, miró a su marido por segunda vez y exclamó:

—¡Pobrecita! ¡La cuidamos?

A lo que él le respondió:

—Bueno, si quieres, yo estoy de acuerdo.

Y se quedaron con la niña. Creció recibiendo una muy buena educación; sus padres adoptivos le trataron el pie y le instruyeron cómo andar, de modo que caminaba con un pequeño defecto, pero que la hacía elegante. Más tarde, le consiguieron un óptimo matrimonio, la declararon heredera de todos sus bienes y se proyectó en la sociedad

paulista, dando sucesión al nombre de esa familia.

***Es necesario rectificar
el concepto de autoridad***

Para cierto tipo de mentalidad revolucionaria, este hecho puede resultar chocante. En efecto, en el trato con el mundo, en la escuela e incluso en la propia familia, se le inculca a nuestra generación el pánico en relación con cualquier autoridad, creando una enorme dificultad para comprender la misericordia. Por ejemplo, cuando un niño yerra, la reacción temperamental de quienes son superiores a él, en general, es la de quejarse y querer castigarlo.

Ahora bien, el joven crece así con un trauma psicológico y una tremenda inseguridad, hasta el punto de que si comete una falta, se desanima fácilmente y cae en el pesimismo, pensando que su vida ya no tiene solución. Porque la idea que está anidada en su alma es que Dios, siendo infinitamente más que aquellos que lo educaron, también lo pisoteará, lo aniquilará y lo destruirá si encuentra alguna culpa en él. ¡Y no es verdad! Un alma así formada no ha llegado a conocer quién es Nuestro Señor Jesucristo.

*Debido a un tipo
de mentalidad
revolucionaria,
nuestra generación
tiene dificultades
para comprender
la misericordia*

Por eso, el Dr. Plinio solía tomar como ejemplo la historia de aquella niña, para convencer a la gente de la benevolencia del Sagrado Corazón de Jesús por quien se presenta ante Él como miserable; pues fue en el reconocimiento de la madre de que su hija tenía un pie deformado, como pidiendo misericordia, que la otra mujer decidió adoptarla. Asimismo, ciertas debilidades mueven a Dios de un modo especial a acogernos como hijos suyos.

Entonces, es necesario reconstruir la psicología humana de forma correcta, de manera que, tratándose de una autoridad auténtica y puesta por Dios, sea normal tener plena confianza. En las personas santas, el motivo de la misericordia no se basa en la virtud o los méritos del otro, sino que parte de un «instinto» que ama porque quiere amar, y se conmueve ante las deficiencias para ayudar a arreglarlas. Cuando alguien falla por flaqueza —y no por maldad u odio a Dios, lo que ocurriría en el caso de un recalcitrante— demuestra que no tiene fuerzas y que, por tanto, ha de ser objeto de bondad.

Santo Tomás de Aquino¹ plantea la cuestión de cuál es la mayor de las virtudes, y explica que en nosotros, criaturas, es la caridad, porque por ella nos unimos a Dios nuestro superior. Pero en Dios, que no tiene a nadie por encima de Él, es la misericordia.

Amor al miserable

Por cierto, el nombre *misericordia* proviene de la composición de dos palabras latinas: *miser* (miserable) y *cor* (corazón), por la relación existente entre éste y los sentimientos afectivos. Es decir, misericordia es amor al miserable. ¿Por qué? Precisamente a causa de su miseria.

Tal principio se aplica en particular a los que son sacerdotes. Si, antes de

subir al Cielo, el Señor dejó el sacramento de la confesión como el medio instituido para reconciliar a los pecadores con Él, es importante que el que se arrodilla en el confesionario no vea al ministro, sino que considere a Jesucristo. Por eso es un deber del sacerdote, como desdoblamiento del Señor, hacer un trabajo apostólico con las almas descarriadas, para llevarlas nuevamente al redil.



Confesión - Iglesia de Santo Domingo, Columbus (Estados Unidos)

*Dios se conmueve ante
nuestras deficiencias,
pues cuando alguien
falla por flaqueza,
demuestra que no tiene
fuerzas y que necesita
ser objeto de bondad*

Sobre todo en el caso de la generación actual, un confesor nunca debe regañarle a un penitente, sino escucharlo con calma y animarlo mucho, tratando de disipar los pensamientos que lo atormentan y producen escrúpulos. De lo contrario, podría infundir miedo hasta el punto de que la persona se aleje, por temor a declarar sus faltas.

En cierta ocasión leí un hermoso episodio que sucedió en Francia, en la época en que el protestantismo se extendía por todas partes. Un caballero, que en una discusión había sacado su espada y matado a otro, era atormentado por el remordimiento. Mientras cruzaba por un camino, vio un templo protestante, bajó del caballo y entró para desahogar su angustia con el pastor.

Éste, al escuchar el relato del homicidio, inmediatamente reaccionó indignado, alegando ser un delito tan grande que clamaba a Dios por venganza y no tenía perdón, y había que denunciarlo.

El caballero, asustado, se marchó rápidamente y desapareció en el camino. Más tarde, le llegó el eco de una campana y vio una pequeña iglesia católica. Se detuvo y le preguntó a una anciana que salía si había algún sacerdote que pudiera atenderle. Ante la respuesta afirmativa, entró, se arrodilló en el confesionario y exclamó:

—Padre, soy un asesino... ¡He matado!

Desde el interior se oyó una voz serena y paciente, que le indagaba:

—¿Cuántas veces, hijo mío?...

El hecho es elocuente en sí mismo; pero ¿cómo explicarlo? Se trata de una participación del sacerdote católico en esa fuente inagotable de perdón y bondad que es Nuestro Señor Jesucristo. Y lo afirmo por experiencia propia. Desde que me hice sacerdote y empecé a sentarme en el confesionario, a

veces sucede que me asombro al darme cuenta de que no me sorprenden los mayores horrores que allí se declaran; al contrario, siento mayor amor por las almas y un enorme deseo de hacerles el bien. Entonces pienso: «Si yo reacciono así con los que se arrepienten, ¿cómo será la reacción de Dios, que es la Perfección?!».

Olvidar las faltas y amar con alegría

Por lo tanto, debemos salir de la confesión con la certeza absoluta de que en el momento en que el sacerdote, prestándole su laringe y su voz al Señor, dijo: «Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», fuimos perdonados por el propio Jesucristo, que prometió: «A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 23).

Y no sólo nos perdona, sino que ya no se acuerda de nuestras culpas, como encontramos en ese famoso pa-

saje del profeta Miqueas: «¿Qué Dios hay como tú, capaz de perdonar el pecado, de pasar por alto la falta del resto de tu heredad? No conserva para siempre su cólera, pues le gusta la misericordia. Volverá a compadecerse de nosotros, destrozará nuestras culpas, arrojará nuestros pecados a lo hondo del mar» (7, 18-19). O como dice el salmo: «El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. No está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo» (102, 8-9).

*El Sagrado Corazón
se complace en
curar y convertir
al que es miserable
y, de ese modo,
obrar en nosotros
algo maravilloso*

Ahora bien, si Dios no recuerda nuestros pecados, ¿por qué nos acordamos nosotros de ellos? Esto sucede porque a menudo olvidamos la felicidad que nos proporciona el llamamiento a la santidad. Como somos limitados, cuando dirigimos nuestra atención a recordar nuestras faltas, no nos restan medios de amar lo que debemos. Pero si nos dejamos arrebatar por la excelencia de las dádivas que el Señor nos concede, entonces se desvanece el pensamiento de las miserias y desaparece toda tristeza.

Me encanta el lindísimo gesto de sor Benigna Consolata Ferrero, salesa fallecida a principios del siglo xx. Estaba escribiendo con una larga pluma de ganso, como se usaba en aquellos tiempos, y de repente, por un movimiento brusco, la pluma golpeó una imagen del Niño Jesús que estaba sobre la mesa, y la imagen cayó al suelo. La religiosa se arrodilló inmediatamente, cogió al Niño Jesús y lo besó. Luego, mirando con piedad a la imagen, dijo: «Jesús mío, si no te hubiera derribado, no te habría dado un beso».²

Nótese que ella no lloró ni se lamentó, porque conocía perfectamente la satisfacción del Señor cuando se le da la oportunidad de perdonar. Y después de ese episodio, durante el resto de su vida, comenzó a relacionarse con el Niño Jesús con una intensidad de amor que no había tenido antes.

Lo mismo pasa con nosotros: la mejor manera de progresar en la vida espiritual es amar. Cuanto más amamos, más alto subiremos. Y debemos comprender que, cuando tengamos la desgracia de andar mal y nos arrodillemos para golpearnos el pecho —diciendo como el leproso del Evangelio: «Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Mt 8, 2)—, el Sagrado Corazón de Jesús se alegrará, porque se



La curación del paralítico - Iglesia de San Luis, Grenoble (Francia)

complace en convertir a alguien que es miserable y, de este modo, obrar en nosotros algo maravilloso, que nunca se realizaría si hubiera plena fidelidad de nuestra parte.

¡Qué misterio de amor inimaginable! ¡Oh, beneficio de los «pies torcidos»! ¡Bendita sea la «pierna inutilizada», que nos proporciona el medio más fácil para subir a los pináculos de la santidad! Usando la frase de un autorizado teólogo, podemos exclamar: «Bendito el pecado, que nos reveló, como ninguna otra cosa, el entrañable amor de Dios».³

Dos caminos: desesperación o confianza

En este sentido, consideremos dos pecados que se cometieron la misma noche: Judas traiciona y Pedro niega... ¡Ah, precisamente Pedro, el apóstol que más amaba a Jesús, que había prometido no abandonar nunca al Maestro! Después de Judas, por tanto, fue el que más pecó, porque los demás huyeron, pero él lo negó formalmente, ¡y tres veces!

No obstante, Judas se desespera y Pedro obtiene el perdón. ¿Por qué? Porque supo poner sus ojos en los ojos del Señor (cf. Lc 22, 61-62).

Si Judas, tras la traición, también hubiera buscado al Señor en la cruz y, aun sin decir nada, tan sólo pidiera perdón con dolor, en el interior de su alma, Jesús hasta habría podido desprender la mano del clavo y decirle: «Hijo mío, vete, tu pecado está perdonado!».

Esto lo encontramos en las revelaciones del Señor a sor Josefa Menéndez: «No es el pecado lo que más hiere mi Corazón... Lo que más lo



Teresita Morazzani

Monseñor João en octubre de 2020

*Los que sufren el peso
de sus defectos, sepan
que el Inmaculado
Corazón de María
gime mucho más
para alcanzarles la
gracia del perdón*

desgarra es que no venga a refugiarse en él después que lo han cometido. [...] ¿Quién podrá comprender el dolor intenso de mi Corazón cuando vi lanzarse a la perdición eterna esa alma que había pasado tres años en la escuela de mi amor? [...] ¡Ah, Judas!

¿Por qué no vienes a arrojarte a mis pies, para que te perdone? Si no te atreves a acercarte a mí por temor a los que me rodean, maltratándome con tanto furor, mírame al menos; ¡verás cuán pronto se fijan en ti mis ojos!⁴

También hoy hay dos tipos de pecadores: los que confían y los que desesperan. ¿Cuál de estas dos categorías imitemos?

Confiemos, pues, en esa bondad y en ese perdón. No debemos afligirnos a la vista de nuestras faltas e imperfecciones, sino considerar este punto importantísimo, que subrayo incisivamente: nuestras miserias conquistan la mirada compasiva de Nuestra Señora y la mueven a amarnos aún más. Por lo tanto, los que sufren el peso de sus defectos, sepan que el Inmaculado Corazón de María gime mucho más para alcanzarles la gracia del perdón y la extraordinaria liberalidad de Nuestro Señor Jesucristo. ✠

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 1992 y 2009.

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 30, a. 4.

² Cf. SISTERS OF THE VISITATION. *Sister Benigna Consolata Ferrero*. Washington, DC: Georgetown Visitation Convent, 1921, p. 71.

³ CABODEVILLA, José María. *Discurso del Padrenuestro. Ruegos y preguntas*. Madrid: BAC, 1971, p.319.

⁴ MENÉNDEZ, RSCJ, Josefa. *Un llamamiento al amor*. 7.ª ed. Madrid: Religiosas del Sagrado Corazón, 1998, pp. 266; 405-406.

La misericordia de Dios manifestada a los hombres

«Dios no le negará su misericordia a nadie. El cielo y la tierra podrán cambiar, pero jamás se agotará la misericordia de Dios».

✠ **Matheus Henrique Vieira Gavioli**



Los santos evangelios revelan en sus inspiradas páginas la riqueza de matices de la persona de Nuestro Señor Jesucristo, en algunos de sus infinitos atributos. Vemos ora la cólera divina de aquel que, sin ayuda de nadie, expulsa a decenas de mercaderes del Templo (cf. Jn 2, 13-17), ora su santa indignación ante la dureza de

alma de los fariseos (cf. Mc 3, 5), ora su intransigencia ante el pecado, manifestada incluso al perdonar a la adúltera sorprendida en flagrante delito (cf. Jn 8, 11).

Hay, sin embargo, cierto pasaje evangélico que constituye uno de los pináculos de la revelación de la bondad de Jesús: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (Mt 11, 28-30).

Por misteriosos designios, ése parece haber sido el aspecto de su

propia persona que el Señor más quiso manifestar en los últimos siglos: «manso y humilde de corazón». Desde el siglo XVII, cuando se le apareció a Santa Margarita María Alacoque, el Sagrado Corazón de Jesús no ha dejado de revelarles a las almas escogidas los arcanos de su infinita misericordia. Y el comienzo del siglo XX nos trae un impresionante ejemplo de esta realidad.

Un alma escogida

Elena Kowalska nació en Głogowiec (Polonia), la tercera de diez hijos de una familia de aldeanos. Desde los 7 años sintió el llamamiento a la vocación religiosa, pero sus padres se opusieron. Intentaba también ocultar esa llamada divina en su alma, resignándose a permanecer en el mundo. No obstante, interrogada por una visión de Jesús paciente y por sus palabras de reproche —«¿Hasta cuándo me harás sufrir, hasta cuándo me engañaras?»¹— tomó la firme decisión de entrar en el convento.

Tras muchas tentativas de ingresar en otras casas religiosas, Elena franqueó la clausura del convento de la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia,



Santa Faustina Kowalska -
Basílica del Corpus Christi, Cracovia (Polonia)

Santa Faustina fue una de las almas escogidas por Dios para revelar al mundo los arcanos de infinita misericordia del Sagrado Corazón

de Varsovia, el 1 de agosto de 1925. Allí recibió el nombre de sor María Faustina y comenzó su vida dentro de las rejas sagradas, donde le serían revelados grandes misterios.

Siempre se mostró eximia en sus deberes religiosos y en sus obligaciones para con la comunidad. En el trato con las hermanas de la congregación, nadie era más sacrificada y humilde, a pesar de las dificultades que encontraba en la convivencia, precisamente por las comunicaciones sobrenaturales que recibía, las cuales provocaban desentendimientos y quién sabe si no despertarían envidias. Sin embargo, todo esto no hacía más que fortalecer su alma, con vistas al cumplimiento de su misión.

La imagen de Jesús Misericordioso

En cierto momento, el Señor le manifiesta su deseo de que pinte una imagen suya y que se instituya una fiesta litúrgica, una coronilla y una novena en honor de la Divina Misericordia.

Respecto de la visión que tuvo de la imagen, el 22 de febrero de 1931, Faustina escribe: «Al anocheecer, estando en mi celda, vi al Señor Jesús vestido con una túnica blanca. Tenía una mano levantada para bendecir y con la otra tocaba la túnica sobre el pecho. De la abertura de la túnica en el pecho salían dos grandes rayos: uno rojo y otro pálido. En silencio, atentamente miraba al Señor, mi alma estaba llena de temor, pero también de una gran alegría. Después de un momento, Jesús me dijo: “Pinta una imagen según el modelo que ves, y firma: *Jesús, en ti confío*. Deseo que esta imagen sea venerada, primero, en su capilla y, luego, en el mundo entero. Prometo que el alma que venera esta imagen no perecerá. También prometo, ya aquí en la tierra, la victoria sobre los enemigos y, sobre todo, a la hora



Pintura original de la Divina Misericordia, de Eugeniusz Kazimirowski - Santuario de la Divina Misericordia, Vilna (Lituania)

El Señor le pidió a la santa que pintara una imagen suya, conforme se le había aparecido en una visión, y prometió gracias especiales a quienes la veneraran

de la muerte. Yo mismo la defenderé como mi gloria”».²

Al salir de la confesión, durante la cual le contó a su confesor la petición

de Jesús acerca de la imagen, la religiosa oyó estas palabras en su interior: «Deseo que haya una fiesta de la Misericordia. Quiero que esta imagen, que pintarás con el pincel, sea bendecida con solemnidad el primer domingo después de la Pascua de Resurrección; ese domingo debe ser la fiesta de la Misericordia. Deseo que los sacerdotes proclamen esta gran misericordia que tengo a las almas pecadoras. Que el pecador no tenga miedo de acercarse a mí. Me queman las llamas de la misericordia, deseo derramarlas sobre las almas humanas».³

Al pedirle a Santa Faustina que se bendijera la imagen el primer domingo después de Pascua, el Señor muestra que todo lo que ella expresa está íntimamente vinculado a la liturgia de ese día, en el que la Iglesia proclama el Evangelio de San Juan sobre la aparición de Jesús resucitado en el cenáculo y la institución del sacramento de la penitencia (cf. Jn 20, 19-29).

La imagen representa precisamente a Jesús resucitado, que trajo a todos los hombres la remisión de los pecados y la salvación al precio de su muerte en la cruz.

Dos rayos que protegen a las almas

Con respecto a los dos rayos, Jesús le comunica su significado a Santa Faustina, que escribe en su diario: «El rayo pálido simboliza el agua que justifica a las almas. El rayo rojo simboliza la sangre que es la vida de las almas. Ambos rayos brotaron de las entrañas más profundas de mi misericordia cuando mi corazón agonizante fue abierto en la cruz por la lanza. Estos rayos protegen a las almas de la indignación de mi Padre. Bienaventurado quien viva a la sombra de ellos, porque no le alcanzara la justa mano de Dios».⁴

El agua que justifica las almas es el santo bautismo, y la sangre recuer-



La fiesta y la coronilla de la Divina Misericordia, otros medios fijados por el Señor para derramar su perdón sobre la humanidad pecadora

da la eucaristía, que da vida al alma. Estos dos sacramentos son indispensables para todo católico: el primero nos abre la puerta de la filiación divina, configurándonos con Cristo, y el segundo es fuente y culmen de la vida de la Iglesia. A través de la recepción del sacramento del altar es por donde perfeccionamos todo lo que recibimos en el bautismo.⁵

El desbordamiento del amor de Dios estampado en una imagen

Ahora bien, ¿cuál era la intención más profunda del divino Redentor con la realización de esa imagen? Deseaba dejar estampada en un lienzo lo que rebosaba de su Corazón: la misericordia. Contemplando la pintura, los hombres recordarían las promesas de Jesús y se abandonarían a Él con mayor confianza.

El Señor asoció a esa imagen promesas especiales de salvación, de grandes pasos en la vida espiritual y de una muerte santa, así como otros dones que los hombres le pidan: «Por medio de esta imagen colmaré a las almas con muchas gracias; por eso, que cada alma tenga acceso a ella».⁶

Y Santa Faustina logró cumplir los deseos de Jesús. Durante el triduo que precedió a la clausura del Jubileo de la Redención del mundo, del 26 al 28 de abril de 1935, la imagen, pintada por el artista Eugeniusz Kazimierowski, fue expuesta al público por primera vez en lo alto de una ventana de Ostra Brama —una de las puertas de la ciudad de Vilna e importante centro de peregrinación—, siendo vista por todos. Por «casualidad» esa solemnidad cayó el domingo después de Pascua, en el que debía celebrarse la festividad de la Misericordia según la petición de Jesús a su confidente.⁷

La fiesta de la Misericordia

Pero el Señor quería una celebración oficial en honor de su divina misericordia. El Salvador reveló en varias ocasiones sus anhelos al respecto:

«Deseo que la fiesta de la Misericordia sea refugio y amparo para todas las almas y, especialmente, para los pobres pecadores. Ese día están abiertas las entrañas de mi misericordia. Derramo todo un mar de gracias sobre las almas que se acercan al manantial de mi misericordia. El alma que se

confiese y reciba la santa comunión obtendrá el perdón total de las culpas y de las penas. En ese día están abiertas todas las compuertas divinas a través de las cuales fluyen las gracias. Que ningún alma tema acercarse a mí, aunque sus pecados sean como escarlata. [...] Las almas mueren a pesar de mi amarga Pasión. Les ofrezco la última tabla de salvación, es decir, la fiesta de mi misericordia. Si no adoran mi misericordia, morirán para siempre».⁸

También expresó su deseo de que en ese día los sacerdotes predicaran sobre la misericordia desde los púlpitos. Las almas deben sentir, a través de las palabras de los ministros sagrados, el alcance del perdón de Dios para todos los pecadores.

La coronilla y la novena de la Divina Misericordia

La víspera del 14 de septiembre de 1935, Jesús dictó la coronilla de la misericordia, como medio para aplacar la ira de Dios. El Señor mismo enseñó lo que se debía rezar: «Padre eterno, te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de tu amadísimo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, por nuestros pecados y los del mundo entero. Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros».⁹

La oración, que constituye el centro de la coronilla de la misericordia, debía recitarse según la división revelada al confidente de Dios: «Esta oración es para aplacar mi ira, la rezarás durante nueve días con un rosario común, de

modo siguiente: primero rezarás una vez el padrenuestro y el avemaría y el credo, después, en las cuentas correspondientes al padrenuestro, dirás las siguientes palabras: “Padre eterno, te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de tu amadísimo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, como propiciación de nuestros pecados y los del mundo entero”; en las cuentas del avemaría, dirás las siguientes palabras: “Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero”. Para terminar, dirás tres veces estas palabras: “Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero”». ¹⁰

Rezada con sinceridad y humildad, esta oración obtiene abundantes gracias de conversión y una buena muerte, lo cual es necesario para todo hombre en esta tierra de exilio.

«Una época en donde el Sagrado Corazón de Jesús más brillará»

El 5 de octubre de 1938, sor María Faustina del Santísimo Sacramento entregaba su alma al Creador, tras soportar grandes sufrimientos. Con su holocausto, el culto a la misericordia empezó a difundirse y nació la Congregación de las Hermanas de Jesús Misericordioso. ¹¹

La actualidad de la devoción a la Divina Misericordia es cada día más evidente. Con ocasión de la misa de canonización de Santa Faustina, el 30 de abril de 2000, el papa Juan Pablo II nos dejó una profunda consideración al respecto: «¿Qué nos depararán los

próximos años? ¿Cómo será el futuro del hombre en la tierra? No podemos saberlo. Sin embargo, es cierto que, además de los nuevos progresos, no faltarán, por desgracia, experiencias dolorosas. Pero la luz de la misericordia divina, que el Señor quiso volver a entregar al mundo mediante el carisma de sor Faustina, iluminará el camino de los hombres del tercer milenio». ¹²

De hecho, los hombres nunca han necesitado de tanta misericordia como en los días en que vivimos. Nuestro fundador, Mons. João comentó una vez que «el Sagrado Corazón de Jesús tiene sed de perdonar y una capacidad infinita para hacerlo. Pero para ello necesita personas “erradas”, como San Pablo, para poder perdonarlas. [...] Y por eso la era histórica en la que más brillará el Sagrado Corazón de Jesús será la nuestra». ¹³

He aquí la única condición que este bondadoso Corazón nos impone para ser objetos de su amor: presentarle nuestros errores y correr a su encuen-

tro con ilimitada confianza, seguros de que nos recibirá con desbordamientos de misericordia. ✠

*El Sagrado Corazón
tiene sed de perdón,
y sólo nos exige
que le presentemos
nuestros errores y
corramos hacia Él
con confianza*



Juan Carlos Villagómez

Sagrado Corazón de Jesús -
Iglesia de Santo Domingo, Cuenca (Ecuador)

¹ SANTA FAUSTINA KOWALSKA. *Diario*, n.º 9. 4.ª ed. Stockbridge: Marian Press, 2003. Las demás citas del *Diario*, todas transcritas de la misma edición, serán indicadas sólo por la numeración interna de la obra.

² *Idem*, n.ºs 47-48.

³ *Idem*, n.ºs 49-50.

⁴ *Idem*, n.º 299.

⁵ Cf. BENEDICTO XVI. *Sacramentum caritatis*, n.º 17.

⁶ SANTA FAUSTINA KOWALSKA, op. cit., n.º 570.

⁷ Cf. *Idem*, n.º 89.

⁸ *Idem*, n.ºs 699; 965.

⁹ *Idem*, n.º 475.

¹⁰ *Idem*, n.º 476.

¹¹ Entre las revelaciones hechas por el Señor a Santa Faustina estaba la de fundar una congregación cuyo objetivo sería difundir el culto a la Divina Misericordia. Sor Faustina no pudo cumplir este deseo de Jesús en vida, pero después de su muerte, gracias a los esfuerzos del Beato Miguel Sopoćko, su confesor y director espiritual,

la congregación comenzó a desarrollarse y el 2 de agosto de 1955 fue erigida canónicamente por el administrador apostólico de Gorzów Wielkopolski, el P. Zygmunt Szczęsny.

¹² SAN JUAN PABLO II. *Homilía*, 30/4/2000.

¹³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilía*. Caieiras, 12/9/2009.

El diario de un alma escogida

Al cabo de seis sencillos cuadernos, Santa Faustina había legado a la Iglesia uno de los tratados más auténticos sobre la misericordia divina que la historia haya conocido.



✚ **Hna. Mariana Jecker Xavier Quimas de Oliveira**

La genuina literatura cristiana bien puede compararse a un inmenso cofre donde se encuentran los más preciados tesoros.

No le falta nada a ese universo de maravillas: en él están presentes desde los escritos de los Padres de la Iglesia, que nos ofrecen los más sólidos fundamentos de la fe católica, hasta las grandes sumas de teología, sin olvidar los tratados de mística o de moral, las catequesis, las hagiografías, las meditaciones de retiros, las lecturas piadosas... Se trata de obras y más obras, fruto del amor a Dios y de la experiencia de generaciones, que constituyen un abundante alimento espiritual para los católicos de todos los tiempos.

Ahora bien, si analizamos esa vasta producción literaria nacida de la Igle-

sia, a menudo nos encontramos con una verdadera paradoja: monumentos de escritura, obras realizadas por gigantes del pensamiento, se ven, a veces, preteridas en pro de páginas esbozadas casi sin recursos estilísticos, en la sencillez de una narración cuya única grandeza reside en la profundidad de su contenido.

¿Cómo se explica esta contradicción? La respuesta parece estar en el hecho de que pocas cosas enaltecen tanto el poder divino como la debilidad humana, en la que se revela plenamente la fuerza de Dios (cf. 2 Cor 12, 9).

De este modo, no nos sorprendería que por medio de *Historia de un alma* —por citar sólo un ejemplo— se hayan obrado más conversiones en los últimos tiempos que por la lectura de

cualquier obra patristica... Al fin y al cabo, el mismo Dios que inspiró sublimidades de vertiginosa grandeza en un San Juan Crisóstomo, un San Ambrosio o incluso un San Agustín, puede también asociar los humildes escritos de una desconocida monja carmelita —como lo era Santa Teresa del Niño Jesús— a la renovación espiritual de miles, quizá millones, de fieles. Son los arcanos de la Providencia...

Un fenómeno similar se ha producido en torno a un libro muy difundido en las últimas décadas: el *Diario de Santa Faustina*, también conocido como *Diario de la Divina Misericordia*, seis manuscritos que dan testimonio del amor infinito de un Dios deseoso de acoger, perdonar y santificar las almas.

Diario de Santa Faustina

El Diario de la Divina Misericordia da testimonio del amor infinito de un Dios deseoso de acoger, perdonar y santificar las almas



Escrito por obediencia

El texto fue redactado por la santa en el transcurso de los últimos cuatro años de su vida, por orden expresa de su confesor y del propio Jesús. El 4 de junio de 1937, el Redentor se dirigió a ella en estos términos: «Hija mía, sé diligente en apuntar cada frase que te digo sobre mi misericordia porque están destinadas para un gran número de almas que sacarán provecho de ellas».¹

En un lenguaje sencillo, pero impregnado de esa unción sobrenatural que sólo la virtud puede conferir, la religiosa narra la historia de su vocación y expone sus propósitos y luchas espirituales, sin esconder las dificultades y tentaciones que le sobrevinieron. ¿Podría haber mayor prueba de la pureza de intención de esta humilde escritora, así como de la autenticidad de sus revelaciones, que la admirable sencillez de sus relatos?

En medio de descripciones de gracias místicas extraordinarias, frases como éstas marcan el diario de principio a fin: «En lo que concierne a la confesión, elegiré lo que más me humilla y cuesta. A veces una pequeñez cuesta más que algo más grande»; o bien, «Las reglas que desobedezco con más frecuencia: a veces interrumpo el silencio, no obedezco el llamado de la campanilla, a veces me meto en los deberes de los demás; haré los máximos esfuerzos para corregirme».²

En la divina escuela de la misericordia

Ante todo, el diario es un extraordinario relato de las apariciones de Jesús Misericordioso, sus palabras, sus deseos y sus consejos. Al cabo de seis cuadernos, Santa Faustina había legado a la Iglesia uno de los tratados más auténticos sobre la misericordia divina que la historia haya conocido.

Desde las primeras páginas, la religiosa reconoce la gratitud de su elección para tan alta misión sobrenatural. Y no sólo eso. Considera indispensable

bles sus miserias y debilidades, a fin de que la misericordia del Salvador se manifieste en ella en toda su magnitud: «Sé bien lo que soy por mí misma, porque Jesús descubrió a los ojos de mi alma todo el abismo de mi miseria y por lo tanto me doy cuenta perfecta-



Santa Faustina en los últimos años de su vida

En un lenguaje sencillo, impregnado de celestial unción, Santa Faustina narra la historia de su vocación

mente que todo lo que hay de bueno en mi alma es sólo su santa gracia. El conocimiento de mi miseria me permite conocer al mismo tiempo el abismo de tu misericordia. En mi vida interior, con un ojo miro hacia el abismo de miseria y de bajeza que soy yo, y con el

otro hacia el abismo de tu misericordia, oh Dios».³

De muchas maneras el Señor trata de enseñarle a su aprendiz a seguir el camino del abandono y de la confianza: «Hija mía, que nada te asuste ni te perturbe, mantén una profunda tranquilidad, todo está en mis manos».⁴ El deseo del Señor es muy claro: Faustina debe comportarse en relación con Dios como una niña en brazos de su padre. «Quiero enseñarte la infancia espiritual —le decía Jesús en otra ocasión—. Quiero que seas muy pequeña, ya que siendo pequeñita te llevo junto a mi Corazón».⁵

Una lección repleta de bondad

Un día, tras haberle contado sus necesidades espirituales al Señor con cierto temor y angustia, la religiosa escuchó de Él esta sublime lección:⁶

—Imagina que eres la reina de toda la tierra y que tienes la posibilidad de disponer de todo lo que te plazca. Tienes la posibilidad de hacer el bien que te agrade y, de repente, llama a tu puerta un niño muy pequeño, todo tembloroso, con lágrimas en los ojos, pero con gran confianza en tu bondad, y te pide un pedazo de pan para no morir de hambre. ¿Qué harías? ¿Cómo te comportarías con ese niño? Responde-me, hija mía.

Y Faustina le contesta:

—Jesús, le daría todo lo que me pidiera, pero también mil veces más.

—Así —concluye el Señor— me comporto yo con tu alma.

«Más que nada me agradas a través del sufrimiento»

El aprendizaje en esta divina escuela sería incompleto si no contemplara una realidad inseparable de la santidad. El propio Señor diría en una ocasión: «Muchas veces me llamas maestro. Esto es agradable a mi Corazón, pero no olvides, alumna mía, que eres alumna de un Maestro crucificado. Que te baste ésta sola palabra. Tú

sabes lo que se encierra en la cruz».⁷ Poco a poco, Jesús pudo revelar a esta alma escogida los misterios que rodean el terrible y luminoso camino del sufrimiento.

Con acierto el dicho popular afirma que a los verdaderos amigos se les conoce en las horas difíciles. En el sufrimiento es donde el amor se acrisola y se manifiesta en todo su esplendor. Así pues, Faustina no podía ofrecerle a Dios el tributo de la confianza separado de la ofrenda del dolor. Ambos debían estar siempre unidos: «Niña mía, más que nada me agrada a través del sufrimiento. En tus sufrimientos físicos, y también morales, hija mía, no busques compasión de las criaturas. Deseo que la fragancia de tus sufrimientos sea pura, sin ninguna mezcla. [...] Hija mía, cuanto más amaras el sufrimiento, tanto más puro será tu amor hacia mí».⁸

Es precisamente en estos momentos cuando el abandono en la Providencia debe adquirir las proporciones heroicas propias de un alma santa. ¿Y

dónde encontrar la fuerza para sufrir, si no es en el mismo Dios que nos pide sufrimiento? El Señor también le enseñaba eso a Faustina: «Apoya tu cabeza en mi brazo y descansa y toma fuerza. Yo estoy siempre contigo».⁹

El termómetro del amor

Haciendo oír su voz divina en el siglo xx, en un sencillo convento polaco, el Salvador dirigía su llamamiento a una humanidad cada vez más alejada

*Que las palabras del
Dios misericordioso,
recogidas en tan
sencillo diario,
nos animen a
ofrecerle a Dios
nuestras miserias*

de la ley de Dios y cada vez más olvidada de su infinita misericordia.

«Ojalá escuchéis hoy su voz: “No endurezcáis el corazón”» (Sal 94, 7-8). Que las palabras de un Dios misericordioso, recogidas en tan sencillo diario, nos animen a ofrecerle a Dios lo que a veces nos parece tan difícil reconocer: nuestras miserias. Su deseo no es otro: «Hija mía, —le decía el Señor— mira hacia el abismo de mi misericordia y rinde honor y gloria a esta misericordia mía, y hazlo de este modo: reúne a todos los pecadores del mundo entero y sumérgelos en el abismo de mi misericordia. Deseo darme a las almas, deseo las almas, hija mía».¹⁰

Sigamos, por tanto, el ejemplo que nos dejó Santa Faustina Kowalska. Como niños, abandonemos nuestra vida en las manos de nuestro Padre celestial y dejemos que Él nos guíe. Veremos entonces cómo nuestra conversión comenzará con un gran acto de confianza en el amor infinito de Jesús Misericordioso. ✚



A la izquierda, la celda de Santa Faustina, donde fue escrito el diario; a la derecha, la santa junto a otras religiosas de su congregación

¹ SANTA FAUSTINA KOWALSKA. *Diario*, n.º 1142. 4.ª ed. Stockbridge: Marian Press, 2003. Las demás citas del diario, todas transcritas de la misma edición,

serán indicadas sólo por la numeración interna de la obra.

² *Idem*, n.ºs 225-226.

³ *Idem*, n.º 56.

⁴ *Idem*, n.º 219.

⁵ *Idem*, n.º 1481.

⁶ Cf. *Idem*, n.º 229.

⁷ *Idem*, n.º 1513.

⁸ *Idem*, n.º 279.

⁹ *Idem*, n.º 498.

¹⁰ *Idem*, n.º 206.



El mayor acto de misericordia

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§ 270 Dios es el Padre todopoderoso. Su paternidad y su poder se esclarecen mutuamente. Muestra, en efecto, su omnipotencia paternal por la manera como cuida de nuestras necesidades; por la adopción filial que nos da («Yo seré para vosotros padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso» [2 Cor 6, 18]); finalmente, por su misericordia infinita, pues muestra su poder en el más alto grado perdonando libremente los pecados.

Las imágenes del Sagrado Corazón de Jesús suelen presentarlo bondadoso y compasivo, apuntando a su corazón herido e invitando a los fieles a acercarse. No pocas veces se lee a sus pies una frase dictada por Él a Santa Margarita María Alacoque, como ésta: «He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres que no escatimó nada, hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor».

Las primeras revelaciones de esta insigne devoción aparecen en el lejano año de 1199, en Bélgica, con Santa Lutgarda. La intimidad de la religiosa con el divino Maestro la lleva a pedirle: «Señor, quiero tu Corazón». A lo que Jesús le responde: «Soy yo el que quiere el tuyo». Unos años más tarde, en Italia, Santa Margarita de Cortona se convierte en confidente del Redentor, a quien osadamente le implora: «Señor, quiero estar dentro de tu Corazón». Entre los testigos de la bondad divina también se encuentra Santa Gertrudis de Helfta, que reclinó su cabeza sobre el pecho sagrado y escuchó los latidos del corazón paciente y lleno de misericordia.

Pero no sólo los místicos conocieron estos sublimes misterios. La teología se adentró igualmente en el conocimiento de la misericordia de Dios

hecho hombre: San Anselmo de Canterbury, San Bernardo de Claraval, San Alberto Magno, San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl y San Juan Eudes fueron algunos de los insignes cantores de estos arcanos.

En Santo Tomás de Aquino hallamos la aclaración más sencilla y profunda sobre el tema, cuando explica que «en cualquier obra de Dios aparece la misericordia como raíz»,¹ porque siempre trata de «comunicar su perfección, que es su bondad».² El Altísimo quiere tener una unión amistosa con el hombre, fundada en el don gratuito de la «comunicación de la bienaventuranza eterna».³

Si crear al hombre fue un acto de misericordia por parte de Dios, benevolencia aún mayor muestra al elevarlo a la vida sobrenatural, a la unión amistosa con Él.

Esta misericordia divina es mucho más excelente que cualquier acto humano encaminado a socorrer al prójimo,⁴

lo que también tiene una importante repercusión en los actos de los mortales: por encima de cualquier ayuda material —incluso las obras de misericordia corporales, como dar de comer al hambriento o visitar al enfermo—, está el auxilio espiritual que se presta a quien ha caído en pecado mortal, para que pueda recuperar la amistad divina y hacerse partícipe de la gloria eterna. ✦

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 21, a. 4.

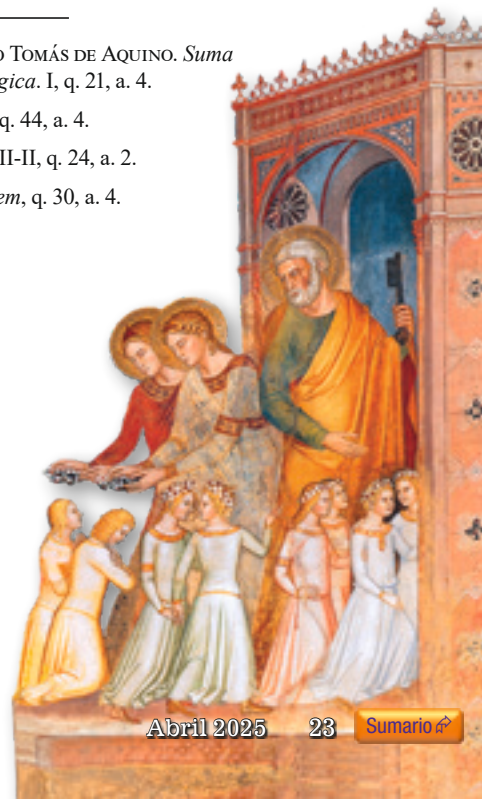
² *Idem*, q. 44, a. 4.

³ *Idem*, II-II, q. 24, a. 2.

⁴ Cf. *Idem*, q. 30, a. 4.

La mayor manifestación de la misericordia divina es el don gratuito de la bienaventuranza eterna

Detalle de «Camino de la salvación», de Andrea di Bonaiuto - Iglesia de Santa María Novella, Florencia



Reproducción



En el glorioso camino de los callejones sin salida

Al cruzar la «avenida» de lo inexplicable, de la aparente catástrofe y de la derrota, tengamos la certeza de que para los devotos de María Santísima ¡siempre hay una salida!

✠ Plinio Corrêa de Oliveira

Hay una pequeña imagen de María Auxiliadora que nos acompaña desde hace mucho tiempo. No es una obra de arte, sino una imagencita de yeso de las que se fabrican en serie y que se encuentran por todas partes, de un tipo religioso llamado sulpiciano.

¿Por qué pensé haber hecho todo un hallazgo al toparme con esta imagen? Me pareció que tenía una expresión fisonómica llena de serenidad interior, todo ella derivada de la templanza, virtud cardinal por la cual se tiene para cada cosa el grado de aprecio o de repudio proporcional a las circunstancias. Nunca se desea algo exageradamente ni menos de lo que merece, y jamás se detesta algo exageradamente ni menos de lo que merece.

Esa disposición de alma me pareció que relucía mucho en la imagen. Discreta, es tan apacible, tan desapegada y tan dueña de sí, de tal manera está tan dispuesta a actuar ante cualquier cosa de un modo enteramente proporcionado, que me pareció el símbolo mismo del equilibrio, que constituye el corolario de la virtud de la templanza. Y por eso tiene algo de puro y de virginal, que me encantó; y a la vez, algo de maternal, pues parece mirar a sus hijos, sonriente y dispuesta a empuñar el cetro de reina decisivo, según la petición que se le haga.

Se trata realmente del auxilio de los cristianos, y con una simbología. El Niño Jesús está en su brazo con los bracitos abiertos, sonriendo. Se ve que María Santísima ha hecho una petición y Él ha sonreído; los brazos abiertos son el fruto de la oración de su Madre. Nuestra Señora mira complacida viendo cómo un pobre hijo suyo, allí arrodillado, se encanta al observar a su Hijo por excelencia sonreír y abrir los brazos. Eso es el auxilio: la que nos obtiene, de quien que es el autor y la fuente última de todas las gracias, todo lo que le pedimos.

Lirio nacido del barro, de noche, durante la tormenta

Si la Virgen María no nos hubiera ayudado en cada momento, si no hu-

biéramos recurrido a Ella, sintiendo su apoyo maternal, no habríamos hecho nada. Cuando nuestro movimiento alcanza sus pináculos y, por ejemplo, contempla buenos resultados, debería decir que éstos son logros de Nuestra Señora.

¿Qué clase de logros?

Sobre todo, y por encima de todo, los que se obran en nuestras propias almas. Es decir, que haya una organización como la nuestra, con un número muy reducido de miembros, con esta mentalidad, estas costumbres, este estilo de piedad, en medio de la borrasca que existe a nuestro alrededor, eso es precisamente el lirio nacido del barro, que florece por la noche, durante la tormenta.

Pero cuando decimos «lirio nacido del barro», no recurrimos a la metáfora más que para afirmar que está ocurriendo algo totalmente inverosímil, tan inexplicable como que brote una edelweiss en el desierto del Sahara. Fue, por tanto, la Madre de Misericordia, Mediadora de todos los favores, quien presentó nuestra oración a su divino Hijo y obtuvo que fuera escuchada.

¡Aferrémonos a la Santísima Virgen!

¿Qué oración? Ante todo, la oración por la cual le pedimos que nos dé la gracia de amarla cada vez más, de ser suyos, de confiar en Ella, de unirnos a Ella y que Ella se una a nosotros. La

gran y fundamental oración es que María nos haga devotos de Ella.

Me imagino a alguien diciendo: «Pero entonces la devoción suprema, el culto de latría a Nuestro Señor Jesucristo, ¿pasa a un segundo plano? ¿Qué sublevación es ésta: el culto de hiperdulía sustituyendo al culto de latría?».

Me dan ganas de responder: «¿Qué tontería es ésta?». Nuestra Señora es el canal necesario, único, para llegar a Nuestro Señor Jesucristo. Y si de tal manera la aplaudimos y veneramos, es porque adoramos a aquel a quien Ella conduce. La Santísima Virgen es el camino por el cual Él ha venido a nosotros. En María, Jesucristo se encarnó para luego redimir al género humano; Ella es la Corredentora. Cuando subió al Cielo, dejó a su Madre para aliviar un poco la tristeza y el inmenso vacío que quedaba en la tierra.

Teniendo todo esto en vista, si nos aferramos bien a la Virgen, iremos a Él; si no nos aferramos a la Santísima Virgen con todas las fuerzas de nuestra alma, ¿adónde iremos? ¡Abajo! Y sabemos muy bien quién está abajo...

Consejo de un sacerdote jesuita

Recuerdo que nuestro Grupo estaba en uno de sus momentos más crueles, en la lucha de *Em defensa*.¹ Había puesto cierta esperanza en una editorial de Montevideo, muy importante en aquella época, para que publicara el libro en español. Me enviaron una carta pidiéndome permiso para traducirlo al español, y yo había aceptado. Pero la editorial me mandó otra carta diciéndome que ya no estaban interesados en su publicación... Poco después recibí otra carta de Montevideo. La abro pensando: «¿Qué nuevo disgusto será esto?».

Se trataba de un anciano sacerdote jesuita, al que no conocía, que me

decía en su carta, resumidamente, lo siguiente: «Por más que ustedes sean atacados, los aprecio mucho y a causa de ello les doy lo que puedo dar: mis oraciones, en primer lugar; en segundo lugar, un consejo. Ustedes valen lo que valen porque son muy devotos de la Virgen. Sean cada vez más devotos

cada día más, o bien se para, y lo que se para, decae. No tengamos miedo de exagerar, siempre que seamos fieles a la doctrina católica en materia de culto a la Santísima Virgen, porque *de María nunquam satis*, de Nuestra Señora nunca se ha dicho lo suficiente.²

Ella nos acompaña como a un hijo único

Como es Madre de Nuestro Señor Jesucristo y es nuestra Madre, está permanentemente dispuesta a ayudarnos en todo lo que necesitemos. San Luis María Grignion de Montfort³ afirma que si en el mundo hubiera una sola madre, que reuniera en su corazón todas las formas y grados de ternura que todas las madres del mundo sentirían por un hijo único, y esa madre tuviera sólo un hijo a quien amar, lo amaría menos de lo que Nuestra Señora ama a todos y cada uno de los hombres.

De tal modo es Madre de cada uno de nosotros, nos quiere tanto que —por muy desvalidos, descarriados, espiritualmente tambaleantes que seamos y no valgamos nada— si nos dirigimos a Ella, su primer movimiento será de amor y de auxilio.

María Santísima nos acompaña incluso antes de que nos dirijamos a Ella, porque tiene ciencia de lo que sucede a todos los hombres, en todas partes. Conoce, por tanto, nuestras necesidades y por su intercesión tenemos la gracia de acudir a Ella. Nuestra Señora le pide a Dios que recibamos esa gracia, y Él nos la concede. Nos dirigimos a Ella y la primera pregunta que nos hace es: «Hijo mío, ¿qué quieres?».

Oí una afirmación, que no es de un gran teólogo, pero tengo la impresión de que es cierta: si el propio Judas Iscariote, después de haber vendido a Nuestro Señor y mientras caminaba



María Santísima nos acompaña incluso antes de que recurramos a Ella, y está siempre dispuesta a ayudarnos

El Dr. Plinio venera la imagen de María Auxiliadora mencionada en este artículo, en mayo de 1991

y no habrá ningún bien que no les suceda; no disminuyan jamás, ni un mínimo grado, esa devoción, pues de lo contrario todo mal podría caer sobre ustedes».

Quiero creer que la piadosa alma de ese verdadero hijo de San Ignacio está a los pies de su fundador en el Cielo, gozando de la visión beatífica y mirando a Nuestra Señora. Le pido que rece por todos nosotros, para que sigamos ese consejo. Pero para ello, un punto es crucial: no basta no decaer en la devoción a la Virgen; o bien se sube

hacia el lugar maldito donde se ahorraría, hubiera tenido un momento de devoción a la Santísima Virgen y le hubiera rezado, habría recibido apoyo. Si la hubiera buscado y le dijera: «No soy digno de acercarme a vos, de miraros, ni de dirigirme a vos. Soy Judas, el inmundo... Pero vos sois mi Madre, ¡tened piedad de mí!». Ella acogiera con bondad al hombre cuyo nombre es sinónimo de la más baja y asquerosa torpeza, y que nadie pronuncia sin extremos de repugnancia, por así decirlo, sin gestos de repugnancia: Judas Iscariote... ¡Incluso a éste!



¡Qué hermosa es la «avenida de los callejones sin salida», de lo inexplicable, de la aparente catástrofe, pues es la avenida triunfal de María!

María Auxiliadora - Colección privada



Archivo Revista

La hermosa «avenida de los callejones sin salida»

Pero nos resulta difícil tenerlo siempre presente. ¿Por qué? Porque no lo vemos y, en nuestra miseria, nos encontramos a menudo entre los que no creen porque no ven. No dudamos, pero olvidamos. Nos sentimos tan fuera de lugar que decimos: «Pero ¿será así realmente? Me pasó esto, aquello, lo otro. Se lo pedí a Ella y no he sido socorrido; ¿por qué he de creer que ahora seré ayudado? Madre de misericordia..., para mí, a veces sí, pero a veces no...».

En esas ocasiones debemos decir: *Auxilium Christianorum, ora pro nobis!* En los momentos en los que no entendemos, no tenemos idea de cómo será el desenlace del asunto, qué va a pasar, necesitamos repetir con insistencia: *Auxilium Christianorum!* Porque todo caso tiene una salida. A veces no vemos la solución, pero Nuestra Señora está dándole al asunto una salida monumental.

Cuando recuerdo la historia de nuestras catástrofes, de nuestros resurgimientos, de nuestra dolorida y gloriosa «avenida de callejones sin salida»,⁴ mirando atrás me pregunto: «Si Ella me diera a elegir entre esta vía de calle-

jones sin salida o cualquier otra de las que yo imaginaba, ¿cuál preferiría?». Habría respondido: «Madre mía, si me das fuerzas, elegiré “la avenida de los callejones sin salida”». Es la «avenida» de lo inexplicable, de la aparente catástrofe, de la derrota, de la devastación, pero de la victoria que se afirma.

¡Qué hermosa es la «avenida de los callejones sin salida»! ¿Por qué? Porque es la avenida triunfal de Nuestra Señora. Ella abre los callejones sin salida, transforma esta cosa monstruosa —una avenida desmembrada en callejones— y la convierte en una avenida. Se comprende la providencia de María Santísima. ¡Es una verdadera maravilla!

Nuestra insuficiencia proclama su victoria, canta su gloria. ¿Cómo no entusiasrnos con la idea de que Ella nos ha hecho tan pequeños para que Ella fuera tan ampliamente glorificada? Es evidente. Esta oración debe estar en nuestros labios en todo momento: *Auxilium Christianorum, ora pro nobis!*

Recemos, pues, en todas las circunstancias de nuestra vida. Y en la

hora de la muerte, cuando estemos en nuestro último aliento y sigamos diciendo: *Auxilium Christianorum*, el Cielo pronto se abrirá para nosotros. ✚

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año xxiv.
N.º 278 (mayo, 2021), pp. 16-21.

¹ Primer libro publicado por el Dr. Plinio, en 1943, en el que alertaba contra la subrepticia introducción del laicismo y del igualitarismo en ambientes eclesiales. La obra fue prologada por Mons. Benedetto Aloisi Masella, entonces nuncio apostólico en Brasil, y recibió una carta de elogio del papa Pío XII, firmada por Mons. Giovanni Battista Montini, futuro Pablo VI.

² Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. «Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge», n.º 10. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, pp. 492-493.

³ Cf. *Idem*, n.º 202, p. 620.

⁴ Expresión acuñada por el Dr. Plinio para ilustrar las difíciles circunstancias que él y su obra afrontaron a lo largo de décadas, en las que repetidamente parecía que se encontraban sin salida, pero que la Santísima Virgen siempre acababa solucionando.



Epifanía de la omnipotencia

Poder..., palabra que ha embriagado a tantos a lo largo de la historia, significando a menudo fuerza opresora o presuntamente justiciera, opuesta a la benevolencia o a la misericordia, fruto de la exacerbación de las pasiones desordenadas por el pecado original. ¡Cuán diferente es el dominio ejercido por el Altísimo! «Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos —oráculo del Señor» (Is 55, 8). Él, que tiene todo el poder, lo manifiesta de un modo totalmente distinto al criterio de los hombres.

Santo Tomás dedica una cuestión entera de la *Suma Teológica* (cf. I, q. 21, a. 1-4) a esas dos virtudes —la justicia y la misericordia— en cuanto atributos de Dios y explica cómo ambas son armónicas, a pesar de aparentemente contradictorias, además de analizar cuál de ellas revela más la omnipotencia divina.

Nuestra concepción humana nos dificulta comprenderlas en su profundidad en las acciones divinas. A veces entendemos la misericordia emocionalmente: una tristeza por la miseria de los demás. Ahora bien, en Dios no hay tristeza. Por eso afirma el Doctor Angélico que esta virtud sólo debe atribuírsele a Él «como efecto, no como pasión», pues «entristecerse por la miseria ajena no lo hace Dios; pero sí, y en grado sumo, desterrar la miseria ajena, siempre que por miseria entendamos cualquier defecto» (a. 3). La puede suprimir por la perfección de algún bien, ya que es el origen primero de toda bondad. De ahí la armonización entre ambas virtudes: «En cuanto a las perfecciones presentes en las

cosas, concedidas por Dios proporcionalmente, esto pertenece a la justicia. [...] Y en cuanto a las perfecciones dadas a las cosas por Dios y que destie-ran algún defecto, esto pertenece a la misericordia» (a. 3).

Así pues, al obrar misericordiosamente, no significa que «no actúa contra sino por encima de la justicia. [...]

Queda claro, así, que la misericordia no anula la justicia, sino que es como la plenitud de la justicia» (a. 3, ad 2). Más aún, «la obra de la justicia divina presupone la obra de misericordia, y en ella se funda» (a. 4), porque en ella radica cualquier obra del Creador.

En efecto, «algunas obras son atribuidas a la justicia y otras a la misericordia, porque en algunas aparece con más relevancia la justicia; en otras, la misericordia», como es el caso del juicio de las almas impenitentes. «Sin embargo, en los condenados aparece la misericordia no porque les quite totalmente el castigo, sino porque se lo alivia, ya que no los castiga como merecen» (a. 4, ad 1).

No obstante, cuando la gracia toca al pecador, ese doble aspecto puede acentuarse aún más. Esto es lo que dice el Aquinate, en palabras de San Anselmo: «Al castigar a los malos eres justo, pues lo merecen; al perdonarlos, eres justo, porque así es tu bondad» (a. 1, ad 3). Y sólo Dios tiene tal poder de perdón: «En la justificación del pecador aparece la justicia, pues quita la culpa por amor, el mismo amor que infunde misericordiosamente» (a. 4, ad 1).

De este modo, queda claro que «la omnipotencia de Dios se manifiesta en grado sumo perdonando y apiadándose, porque la manera de demostrar que Dios tiene el poder supremo es perdonando libremente los pecados: [...] porque perdonando y apiadándose los conduce [a los hombres] a la participación del bien infinito, que es el máximo efecto del poder divino» (q. 25, a. 3, ad 3).

He aquí, pues, la epifanía de la omnipotencia del Altísimo: ¡la misericordia! ✠



Gustavo Kralj

La omnipotencia de Dios se manifiesta sobre todo perdonando y apiadándose, lo cual demuestra que Él tiene el poder supremo

Jesús perdona a la pecadora arrepentida -
Parroquia de San Patricio,
Roxbury (Estados Unidos)



El pasado tiene novedades

En pleno siglo XXI estamos viviendo una revolución cultural que comenzó hace más de quinientos años.



✎ Alessandro Tiso

Hay dos maneras de entender el presente: como pasado del futuro y como futuro del pasado. Y no piense, querido lector, que esta introducción es un mero juego de palabras. Es un hecho indiscutible —casi un lugar común— que los siglos precedentes nos prepararon y que, según la misma regla, los hijos que engendramos son el futuro en nuestras manos.

Por eso la historia siempre ha sido considerada como un espejo: mirándola nos encontramos y, desde ahora, vislumbramos el porvenir. Dirijamos entonces nuestra atención al tortuoso camino de los milenios, a fin de desentrañar la senda por la cual hemos llegado a la situación actual. Es más, para discernir si debemos continuar por ella...

Antiguas novedades

Renacimiento. Uno de los últimos grandes giros de la Historia que alteró el rumbo de la humanidad. No de una forma brusca, por supuesto, sino

lenta, inexorable y... completamente. «Basta con pronunciar las sílabas de esa palabra para que nos vengan a la mente imágenes múltiples, contrastantes, pero todas igualmente dotadas de un brillo singular».¹

Tras la transición del mundo pagano al cristiano, el período de cambio más radical que hubo en la historia fue aquel en el que la Edad Media se transformó en la Modernidad. Y entre los factores más poderosos de esta mutación se encuentra, sin duda, el Renacimiento.

Esta etapa histórica, que en sentido amplio podemos situarla entre principios del siglo XIV y mediados del siglo XVI en el Occidente cristiano, se considera cuna y vivero de innumerables inventos y descubrimientos. No obstante, exageraríamos si sólo a eso le atribuyéramos el cambio moral, psicológico y sobre todo religioso que allí se observó.

De hecho, no son las novedades las que mejor la retratan, sino la sorda rebelión contra su tiempo y el declarado regreso a patrones de épocas muertas. Como su propio nombre indica, este período no fue de *nacimiento*, sino de *renacimiento*. Y sus principales exponentes presentaron sus invenciones como redescubrimientos, «como un retorno a las tradiciones de la Antigüedad

después del largo paréntesis de lo que fueron los primeros en llamar la Edad “Media”».²

Desenterrando a los muertos

El mal de esa transformación no estaba en el progreso que traería, ya sea en el arte, en la filosofía o en la ciencia. Es obvio que no. El problema no era lo que introducía, sino el espíritu con el que lo hacía, como veremos más adelante.

Así, al mismo tiempo que este cambio de mentalidad reintroducía a Roma y a Grecia en la civilización europea, expulsaba a la cristiandad, que por entonces reinaba en su apogeo. En una conferencia pronunciada en la década de 1960, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira³ hace un certero análisis al respecto, cuyas ideas principales transcribimos a continuación.

Como una enfermedad, con síntomas aparentemente menos graves que los de las tres Revoluciones que la acompañaron,⁴ abrió una primera y profunda grieta en el mundo medieval, por donde penetraron los gérmenes de destrucción que obraron todo lo demás, desde el protestantismo hasta el comunismo, llegando al caos global del siglo XXI. En la elegancia de las resucitadas columnas jónicas, en la alegría del contrapunto que empezó a inundar las partituras europeas, en la perfección de las representaciones humanas sobre lienzos, paredes y mármoles, estaba la semilla de todo el horror moral que se siguió.

Sin embargo, lo difícil sería introducir ese tipo de horror en el alma medieval, siempre ávida de lo maravilloso.

No son las novedades las que mejor retratan al Renacimiento, sino la sorda rebelión contra su tiempo y el declarado retorno a patrones de épocas muertas

Diosa Atenea - Museos Vaticanos; de fondo, ruinas del Templo de Erecteion, Atenas





El Renacimiento se presentó, pues, con ropajes tentadores para hombres sedientos de belleza: sería una amplia revolución hecha en nombre del arte. Y no cualquier arte, sino aquel que había quedado sepultado bajo las ruinas de la Roma imperial, la única cultura — siempre según los renacentistas — capaz de satisfacer los anhelos del alma humana. Las otras culturas que crecían al pie de este frondoso árbol no serían más que «dialectos», meros arbustos subdesarrollados. Había llegado el momento de resucitar esta cultura muerta e «inmortal».

He aquí un proceso averso a la naturaleza: desenterrar un cadáver en vez de generar el conjunto de conceptos, saberes y sabores que constituyen la cultura y la mentalidad de una civilización. La cultura nace de las convicciones y de las condiciones en que vive un pueblo determinado; de circunstancias históricas, por lo tanto. Recuperar una cultura ajena — hasta el punto de considerarla como la única válida — es absurdo. Y sobre este absurdo se construyó el Renacimiento.

Y el sepulcro se convirtió en cuna

Levantar un edificio sobre tan débiles cimientos habría sido imposible si no se hubiera encontrado un terreno muy favorable. E Italia era por entonces un terreno bien preparado.

En efecto, mientras todo Occidente era aún escenario de la lenta agonía de la civilización medieval, en una Florencia en ebullición artística, en una Venecia enriquecida y mercantil, y en una Roma recientemente desocupada por el Papa — trasladado a Aviñón y a las preocupaciones del cisma que se siguió⁵ —, ya se estaba produciendo una visceral e irreversible transformación.

Poco a poco, emergía en la península itálica un nuevo estado de espíritu: el pensamiento tendía a la disipación, a la investigación de lo meramente natural, a la sublevación contra el dogma y la fe; la voluntad, irritada por las dependencias morales que se le imponían, sacudía las disciplinas básicas; el

sentido mismo de la vida parecía presto de ser abiertamente cuestionado.

Tres hombres-símbolo

Las principales figuras del Humanismo, que florecieron en esa primavera de genios pacientemente engendrados por las universidades católicas del Medievo, encarnarían la antigua pero retocada mentalidad.

Francisco Petrarca, considerado el padre de ese período histórico, a pesar de haber recibido las órdenes sagradas, cultivaba, a la par de los versos virgilianos, una jungla de orgullo y vanidad. Juzgó a las ciencias de su tiempo y las impugnó todas: filosofía, teología, medicina, derecho... Para él, las universidades eran «nidos de pedante ignorancia». Al fin y al cabo, aún no había llegado el redentor del conocimiento humano, el «nuevo Sócrates», como él mismo se consideraba. Tamaña autoestima no le impedía, empero, envidiar la gloria de Dante, que le eclipsaría su esplendor de entre la posteridad. De hecho, Petrarca confesó que «el anhelo de la inmortalidad del nombre era una tan grave enfermedad, que no podía librarse de ella».⁶

Para Miguel Ángel, «el cuerpo del hombre es el único medio de decoración, así como de representación», y quería, en la ilustración de las bóvedas, «la exhibición constante del cuerpo humano como la más alta personificación de energía, de vitalidad y de vida».⁷ Sus obras expresan los lamentables horizontes de aquellos espíritus intemperantes y libertinos que se convirtieron en «los legítimos precursores del hombre codicioso, sensual, laico y pragmático de nuestros días».⁸ No es casualidad que su *Pietà*, a pesar de la maestría de sus trazos, inspire tan poca piedad y que el techo de la Capilla Sixtina haga que los ojos de las almas castas bajen en lugar de elevarlos al Cielo.

Otro gran icono: Leonardo Da Vinci. En 1476, cuando tenía 24 años, fue arrestado en Florencia por el libertinaje de sus costumbres. El pudor y el respeto que tenemos por nuestros lectores nos obligan

a omitir los detalles.⁹ Con él, el arte ya no estaría al servicio de lo invisible, sino que sería antropocéntrico y naturalista. Las proporciones humanas, esbozadas en su *Hombre de Vitruvio*, se convertirían en las medidas de la belleza y de la nueva civilización: el hombre, no Dios.

Los motores de la revolución

La primera característica del renacentista, como bien observa el Dr. Plinio,¹⁰ es una especie de saturación de la vida medieval. La Edad Media tuvo como ideal una existencia equilibrada, orde-



Fotos: Reproducción

vivalante (reapita)

Figuras destacadas del Humanismo encarnarían la «nueva» mentalidad, naturalista y antropocéntrica

Francisco Petrarca - Galería Municipal de Lecco (Italia); Leonardo da Vinci - Museo de los Pueblos Antiguos, Lucania (Italia); Miguel Ángel - Galería Hans, Hamburgo (Alemania)



La Edad Media tuvo por ideal la existencia equilibrada, ordenada, orientada hacia su fin último. Y su declive vio surgir la sed insaciable de placer, el olvido de un Dios, un Cielo, un Infierno

De izquierda a derecha: Catedral de Notre Dame, París; Beau Dieu de la misma catedral; Coronación de Luis VIII y Blanca de Castilla, «Grandes Chroniques de France» - Biblioteca Nacional de Francia, París. De fondo, interior de la Sainte-Chapelle, París

nada y orientada hacia sus fines últimos; para resumirlo todo en cinco letras, santa. Y su declive vio surgir una sed insaciable de gozo: «El apetito por los placeres terrenales se va transformando en ansia».¹¹ ¿Qué hay de malo en esta tendencia? Ante todo, que el hombre, fascinado por ella, olvida su finalidad, sus deberes, la idea de un Dios, de un Cielo, de un Infierno. Y eso fue lo que ocurrió.

Con el crepúsculo de la austeridad medieval, emergerían entonces en la oscuridad, sin mostrar su hediondez, los ideales del paganismo que impulsarían todo el proceso revolucionario que estaba naciendo: el orgullo y la sensualidad. Esta última quedó bien perfilada, creemos, cuando hemos descrito más arriba algunos corifeos del Renacimiento. En cuanto al orgullo, era éste el rey de la fiesta: «Una nota característica de aquellos humanistas fue la extraordinaria vanidad y ambición de gloria; que les hacía imaginarse superiores al género humano».¹²

Un conflicto en la conciencia

¿Qué ocurrió entonces? La lucha de la luz contra las tinieblas, del amanecer contra la noche en el firmamento de las almas. La Roma de Cristo y la Roma de Júpiter se batían en un duelo a muerte en la conciencia de los hombres. César disputaba a Dios el imperio de los corazones. En cada arena, en la lucha que se libraba en cada individuo,

el desenlace fue diferente. En el contexto general de la guerra, no obstante, podemos distinguir tres resultados.

Primero: el triunfo total, aunque gradual, del paganismo sobre la tradición cristiana en aquellos donde la cultura clásica actuó como corrosivo; el mero contacto causó un daño tremendo. Surgieron los primeros grandes ateos y sus diluciones: materialistas y agnósticos.

En segundo lugar: la victoria —tan a menudo parcial— de la Iglesia sobre el Panteón. Se trata de los que reaccionaron contra este ideal pagano, muchos de ellos de forma insuficiente, quizá incluso inconsciente. Todos los santos lucharon en este ejército. También un Felipe II de España, un Sebastián de Portugal, un Scanderbeg de Albania fueron almas medievales en pleno apogeo renacentista.

Entre estas dos pequeñas corrientes antagónicas —como una gran frase entre dos finos paréntesis— se encuentran la mayoría de los campos de batalla. Misteriosamente, tal vez por falta de profundidad, de coherencia o de sinceridad hacia sí mismos, se produjo un armisticio en ellos. Ninguno de los bandos fue derrotado y uno salió vencedor. Sí: el invasor ostenta la victoria cuando no es expulsado. Estos hombres —porque son el terreno del enfrentamiento— acumularon ambas influencias, manteniéndose más o menos cristianos y más o menos neopaganos. Mitad tierra, mitad agua: fango.

El arte parece haber concretado este tercer grupo de almas: el *Moisés* de Miguel Ángel se parece más a un Júpiter capitolino, las basílicas se convirtieron en templos grecorromanos en donde se celebraba misa, algunos *Kyries* cantados en ellas recordaban las melodías de las antiguas bacanales.

Ayer y hoy, los mismos problemas

Y nosotros, al asistir a tales duelos de un tiempo que no es el nuestro, ¿nos quedaremos como los espectadores del Coliseo, limitándonos a sonreír, ante el vaivén de los golpes? Nuestra posición frente a esta guerra —lamento decírselo, querido lector, si esto le molesta— no es la de asistentes, sino la de combatientes. No nos caben ni aplausos, ni abucheos, ni gradas. A nosotros las armas, a nosotros la arena.

Sí, porque ese combate entre la catedral y el templo helénico se perpetúa desde hace siglos. Y lo mismo que ocurría antes vuelve a pasar ahora con nuevos ropajes. Permítanos, lector, que lo razonemos, basándonos en explicaciones del Dr. Plinio.¹³

El mundo moderno viene siendo trabajado a fondo por fermentos visceralmente anticatólicos. No entendemos —y esperamos que el lector tampoco lo entienda así— por «mundo moderno» el conjunto de desarrollos materiales introducidos a lo largo de las últimas décadas y la sorprendente



Como consecuencia, el paganismo triunfó sobre la tradición cristiana en aquellos en los que la cultura clásica actuó como un corrosivo. Y el combate entre la catedral y el templo helénico se perpetuó por los siglos

De izquierda a derecha: «El Precursor», de Eleanor Fortescue - Lady Lever Art Gallery, Merseyside (Inglaterra); «Moisés», de Miguel Ángel - Basílica de San Pedro in Vincoli, Roma; Templo de Bramante, Roma. De fondo, la basílica de San Lorenzo, Florencia (Italia)

recopilación de conocimientos adquiridos en todas las áreas. Nos referimos más bien a un cierto espíritu, a una cierta mentalidad neopagana dispuesta a aceptar todo lo que es opuesto a la religión, simplemente por placer terrenal, olvidando que la vida no termina aquí en la tierra y que seremos juzgados por Dios según nuestra adhesión, odio o indiferencia hacia Él.

A la vista de esta influencia fundamentalmente anticristiana —por no decir diabólica—, se dan los mismos tres escenarios. Hay católicos que pagan de tal modo su tributo de admiración a todo lo que el mundo ofrece de pecaminoso que venden, por un supremo impuesto, su propia alma. En el lado opuesto, encontramos a los fieles que, como reacción a la impiedad hodierna para seguir siendo católicos, se convierten en cruzados. Luego están las siempre numerosas actitudes intermedias, de los que pretenden conciliar lo irreconciliable, el espíritu de la Iglesia con el de Satanás.

¡Qué triste situación la de estos últimos! Al tener dos señores, viven entre dos temores. Por una parte, existe en ellos cierto recelo de abandonar la religión; rezan cuando se acuerdan, consideran sagrada la misa del domingo..., siempre que no les cueste demasiado. En el fondo, querrían ser mejores. Sienten incluso la inclinación a seguir el ejemplo de los santos, su entrega total, su amor. Pero el mundo... He aquí otro gran miedo: el respeto humano a ser diferente, a ser luz en la noche, a ser el único que vive en un campo de muertos. Y por eso condescienden con el espíritu moderno, simpatizan, se dejan imbuir, se dejan... matar.

Ahora bien, un católico sólo lo es de hecho cuando pertenece a la Iglesia sin mezcla ni heterogeneidad de nada ajeno a ella. Un católico sólo puede ser *enteramente* católico. Un católico a medias sería como una virginidad a medias, como un vaso de agua con tan sólo unas gotas de veneno. Un católico

dividido, que obedece a dos señores, teme a ambos y no ama a ninguno. Teme a Jesucristo, su Juez; no ama a Jesucristo, su Redentor.

El dilema

¡Quién nos iba a decir que el Renacimiento nos enseñaría tanto!... El pasado tiene sus novedades. Para muchos, hasta un susto.

El Humanismo aparentaba ser un simple paso en la cultura. Su alcance, sin embargo, sobrepasa el ámbito del arte, de la política, del pensamiento y de los siglos, tocando lo más hondo de las almas hasta nuestros días. El dilema planteado por la resurrección de la Antigüedad clásica sigue en pie: ¿neopaganismo o Iglesia Católica?

El hecho, no obstante, es que a menudo la respuesta formulada consiste en una tercera vía, utópica y peor: el paganismo y la Iglesia Católica. ¡Qué triste!

En realidad, el Renacimiento no está tan muerto como suelen decir... ✧

¹ DANIEL-ROPS, Henri. *História da Igreja de Cristo. A Igreja da Renascença e da Reforma (I)*. São Paulo: Quadrante, 1996, t. IV, p. 171.

² BURKE, Peter. *El Renacimiento europeo. Centros y periferias*. Barcelona: Crítica, 2000, p. 12.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 15/9/1966.

⁴ La seudorreforma protestante, la Revolución francesa y el comunismo. Para comprensión y profundización de estas revoluciones y del proceso histórico que las une, véase: CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Revolução e Contra-Revolução*. 9.ª ed. São Paulo: Arautos do Evangelho, 2024, pp. 35-43.

⁵ Cf. WEISS, Juan Bautista. *Historia Universal*. Barcelona: La Educación, 1929, t. VIII, p. 128.

⁶ *Idem*, p. 134.

⁷ DURANT, Will. *História da civilização. A Renascença*. 2.ª ed. Rio de Janeiro: Record, 1953, t. V, p. 384.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, *Revolução e Contra-Revolução*, op. cit., p. 38.

⁹ Cf. DURANT, op. cit., p. 163.

¹⁰ CORREA DE OLIVEIRA, *Conferencia*, op. cit.

¹¹ CORREA DE OLIVEIRA, *Revolução e Contra-Revolução*, op. cit., p. 36.

¹² WEISS, op. cit., p. 129.

¹³ CORREA DE OLIVEIRA, *Conferencia*, op. cit.



Mi sitio es... ¡exactamente mi sitio!

¿Qué ocurriría en un texto en el que algunos caracteres decidieran desvincularse de su sitio correspondiente para vivir «su propia vida»?



✠ Hna. Diana Milena Devia Burbano

Renacido por las aguas bautismales como hijo de Dios y templo vivo de la Trinidad, cada fiel es una luz en medio de las tinieblas del mundo y un miembro de la Iglesia militante que lucha por la instauración del Reino de Cristo en la tierra. Todos tenemos, pues, una vocación única, insustituible y magnífica en el inmenso cuadro de la creación.

Dicha vocación, la debemos cumplir con amor, ufanía y dedicación plena, para mayor gloria de Dios. Sin embargo, puede suceder que alguien, en vez de agradecerle al Creador la misión que misericordiosamente ha recibido, comience a quejarse: «No me siento llamado a nada... ¡Pobre de mí! He sido apartado por Dios...». Tal pensamiento no surge porque el individuo carezca de un papel importante que desempeñar, sino porque quiere seguir otros caminos que, pese a oponerse a la voluntad divina, parecen más atrayentes a su orgullo.

Con el objetivo de prevenir a sus hijos espirituales contra ese peligroso estado de espíritu, en una conferencia pronunciada en los años 1980, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira convirtió una idea expuesta en un libro del escritor francés Edmond Rostand en una interesante metáfora, que trataremos de reproducir en este artículo.

Las letras y las almas

¿Alguna vez, querido lector, ha analizado una letra capitular? La aper-

tura de un capítulo constituye, sin duda, una parte importante de un libro y por ello a menudo se destaca con un carácter distintivo, que le confiere al texto el énfasis y realce que merece. En su elegancia y en el refinado arte que la reviste, la capitular se asemeja a ciertas almas llamadas por el Creador a iniciar períodos históricos, cambiar el curso de los acontecimientos mundiales o ser una especie de guion de unión entre una era pasada y la futura.

Abrahán, patriarca del pueblo elegido y padre de los justos de la Antigua y de la Nueva Alianza; Moisés, que hablaba cara a cara con el Señor como amigo (cf. Éx 33, 11); David, el rey profeta de cuya descendencia nació el Mesías esperado, son ejemplos de almas «capitulares» que contribuyeron con particular relevancia a la realización del plan divino. También los Apóstoles, los Padres de la Iglesia, los Papas y muchos fundadores se convirtieron en «letras esculturales» en las páginas de la historia de la Iglesia y de la humanidad.

Ahora bien, es normal que junto a la encantadora letra capitular se encuentren unas simples y discretas letras minúsculas. La desproporción de esta combinación —a veces incluso chocante— no podría ser más simbólica: ¿cuántas veces el sacrificio de almas pequeñas y apagadas, pero generosamente sufrientes, no resulta decisivo para el sustento de grandes vocaciones?

Pasan desapercibidas a los ojos humanos, como escondidas a la sombra de las enormes «letras» que admiran; sin embargo, brillan con un fulgor incomparable ante Dios, que las conoce individualmente y las guarda como un raro tesoro. Cumplen así los designios divinos, según los cuales las almas más llamadas estimulan y marcan a las menores, siendo cada una, a su manera, el complemento necesario para que la otra desempeñe su misión.

Otra característica ponderable de las letras es que algunas tienen en sí mismas un significado o crean por sí solas la conexión entre dos frases; no obstante, la mayoría sólo tienen verdadero sentido cuando se unen y forman palabras. Este detalle puede ilustrar dos realidades: la de las almas puestas por Dios en situaciones en las que deben arrastrar a un grupo con su buen ejemplo; y la de aquellas que necesitan unirse a otras en la conquista de un determinado objetivo.

Lo «poco» siempre es mucho

Una vez cerrado el capítulo de las letras, entran en escena otros tipos de caracteres, también muy importantes: los signos de puntuación y los acentos gráficos.

Para nuestra generación, tan acostumbrada a las perezosas abreviaturas, a la jerga, a los emoticonos y a tantas otras aberraciones que se han convertido en moneda corriente en la



Tanto si somos almas «capitulares» como «minúsculas», lo que importa es que cumplamos la voluntad de Dios

Apóstoles y santos - Catedral de Amiens (Francia). De fondo, devocionario mariano particular

comunicación actual, esos elementos pueden parecer triviales. Por ejemplo, muchas personas desprecian el uso de la coma. La miran con indiferencia y, como mucho, respiran al percatarse de su presencia; pero interesarse por ella está fuera de lugar. También el punto final se suele ignorar.

En efecto, un punto no llena una página de un libro, ni una coma abre un capítulo. Sin embargo, cuando se emplean incorrectamente, estos signos pueden alterar el sentido de un texto o incluso hacerlo ambiguo. ¡Cuántos pleitos no se han perdido por el mal uso de un punto o de una coma en un contrato! En una palabra, son capaces de inutilizar hasta la más suntuosa letra capitular, mientras que, en su sitio adecuado, contribuyen a la buena presentación de todo el capítulo.

Estos pequeños signos son símbolos de los roles aparentemente modestos que, a menudo, todo hombre está llamado a desempeñar. Son ocasiones en las que debe ser fiel en lo «poco», so pena de acabar siendo infiel en los grandes asuntos de su vida (cf. Lc 16, 10).

Ni mediocres, ni orgullosos...

Aplicando la metáfora a la vida concreta de sus seguidores, el Dr. Plinio

concluía: «A veces somos llevados, en el transcurso de nuestra vida, a desempeñar el papel de letra capitular, y tenemos que saber hacerlo; otras veces somos llevados a ser la letra mayúscula de una frase, y debemos hacerlo; y otras veces estamos llamados a asumir la función de una simple letra minúscula, o incluso de un punto o de una coma... Ahora bien, un texto se compone de todos esos elementos. [...] Así pues, debemos saber representar los puntos, las comas, los acentos gráficos, las letras minúsculas, mayúsculas y capitulares; y debemos representarlos con el esplendor de cada uno».¹

De hecho, querido lector, ¿ya se ha imaginado lo que ocurriría en un texto en el que algunos caracteres se sintieran llevados por deseos desordenados de independencia y decidieran desvincularse de las palabras a las que pertenecen para vivir «su propia vida»? Habría mutilaciones espantosas y lagunas que nadie podría comprender.

Que no nos suceda que, sintiéndonos llamados a audaces batallas, rechacemos por mediocridad el papel de «letra mayúscula» y acabemos siendo un borrón de tinta en las páginas de la historia. O incluso, percibiéndonos

que tenemos «madera de punto final» para una determinada circunstancia, deseemos —sin más mérito que nuestro orgullo— eclipsar hasta la más bella letra capitular. Sólo seremos caracteres dignos de figurar en el gran Libro de la Vida si sabemos desempeñar bien cualquiera de los papeles que nos presente la Providencia, en el momento y en el sitio que determine. De lo contrario, nos volveremos inservibles.

Hagamos la voluntad de Dios

De ahora en adelante, quizá usted no mire un texto de la misma manera... No obstante, si después de concluir la lectura de este artículo simplemente se pregunta: «¿Qué letra soy?», lamento decirle que se ha equivocado por completo de interrogante.

La pregunta correcta que deseamos que cada alma se haga —no sólo ahora, sino en todo momento— es ésta: «¿Qué letra quiere Dios que yo sea hoy, en su libro?».

Entonces todos estaremos en el sitio que nos corresponde, completando y brillantando la obra del Creador. ✠

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 23/1/1985.

Un segundo José

Su castidad intachable lo elevó a un especial grado de unión con la Santísima Virgen, reservado a pocos en la historia, permitiéndole a Hermanno participar en un circuito de gracias místicas de carácter sponsalicio cuyo origen se remonta al desposorio virginal de María y José.



✠ Hna. Luciana Niday Kawahira

¿Cómo sería el trato embebido de elevación y respeto entre San José y la Santísima Virgen? Cuántas veces el Santo Patriarca no tuvo ante sí a la Reina del universo inclinada para servirle, y aceptó sus favores. Y, por si fuera poco, su inmaculada Esposa se aconsejaba con él, intercambiaba opiniones y acataba sus órdenes. Pensemos también en los momentos en los que él llevaba al Niño Jesús en sus brazos virginales, o en aquellos en los que lo veía realizando los actos de la vida común en la casa de Nazaret, o incluso cuando lo contemplaba inmerso en coloquios con el Padre eterno... ¡Qué bendición!

Hay una expresión alemana que caracteriza cierto tipo de cariño en las relaciones humanas y que, por analogía, podría definir la convivencia descrita anteriormente: *zusammen sein*. Ese «estar juntos», ese quererse bien como lo vivió la santa pareja en la tierra, debe ser la matriz de una convivencia agradable y sobrenatural, para quien anhela la felicidad. Pero ¿cómo encontrarla?

Los santos nos muestran el camino. Consideremos, por ejemplo, la trayectoria de un varón especialmente escogido...

Relación celestial, iniciada en la infancia

Colonia, siglo XII. En esta atractiva ciudad alemana había un monasterio conocido como Santa María la Alta, más tarde llamado Santa María del Capitolio. En la iglesia de esta casa religiosa fue donde tuvo lugar un significativo encuentro entre dos niños: uno se llamaba Hermanno; el otro, Jesús. La inocencia del primero le atrajo al segundo, la propia Inocencia encarnada, el Hijo de Dios hecho hombre.

Hermanno tenía 7 años cuando comenzó sus estudios. Su carácter dócil e inteligente le facilitaba el seguimiento de las clases, sirviéndole de apoyo

a las virtudes que practicaba desde su más tierna infancia. Sin embargo, a diferencia de otros chicos de su edad, no le gustaba distraerse con los juegos que normalmente entretenían a los demás y, por eso, evitaba las diversiones con sus compañeros para acudir a la iglesia del monasterio.

Se arrodillaba ante una imagen de la Virgen con el Niño Jesús en brazos y, deseoso de comunicarse con ambos, les decía todo lo que llevaba en su pueril corazón, mirando ora al divino Infante, ora a María Santísima. No obstante, para disgusto suyo, las imágenes no le respondían nada... El piadoso muchacho abandonaba la iglesia y al día siguiente la escena se repetía.

En una ocasión insistió de un modo diferente. Queriendo hacerle un regalo a su amada Señora, le llevó una manzana, ya que era todo lo que tenía. Cuando llegó ante la imagen, se puso de rodillas, levantó los brazos y amablemente le dijo: «Señora, ya sabéis que soy pobre y que no tengo otra cosa que ofrecer, ni de más precio, ni de mejor gusto. Si es improporcionado para vos este regalo, tomadlo siquiera para ese Niño, pues no ignoráis [que] no hay otro más

La convivencia llena de cariño y de respeto entre la Virgen y San José debe ser la matriz de las relaciones humanas en esta tierra. ¿Cómo conseguirlo?

de mi cariño con quien pueda repartir lo poco que tengo».¹

Para su alegría, milagrosamente la imagen de Nuestra Señora se movió y, con indescriptible bondad, extendió la mano para recibir la sencilla ofrenda. Hermano se dirigía a María con la ternura de un niño y Ella se manifestaba con maternal afecto.

Amigo del Niño-Dios

Otro día, mientras paseaba por el interior de la iglesia, se encontró con una escena encantadora: dos niños jugaban a los pies de una hermosa Señora. Al ser visto por Ella, Hermano fue inmediatamente invitado a quedarse con los niños. La belleza virginal de aquella Dama lo atrajo, pero con infantil sencillez le respondió que no podía acercarse más a causa de la reja que los separaba.

Ahora bien, quien se había manifestado era la propia Virgen Santísima, la cual, a través de su piadosa imagen, le llamaba a jugar con su divino Hijo y con San Juan Bautista, que estaban a sus pies.

Enseñándole a trepar la reja, Nuestra Señora ayudó al pequeño Hermano a superar ese «obstáculo», indicándole los lugares donde debía poner los pies para subir. Permaneció allí un tiempo, conviviendo con los santos niños.

Cuando terminó aquel inocente entretenimiento, tuvo que hacer el recorrido inverso de la «escalada»... Con ayuda de la Virgen la empezó de nuevo, pero antes de llegar al suelo se enganchó con un clavo que había en la pared y acabó lesionándose cerca del corazón. Más tarde, esa herida se convertiría en llaga, que permanecería hasta el día de su muerte.



Thomas Hummel (CC by-sa 4.0)

Hermano le entrega una manzana a la Virgen - Iglesia de San Andrés, Glehn (Alemania)

Queriendo hacerle un regalo a su Señora, Hermano le ofrece todo lo que tenía: una manzana, símbolo de la total entrega de sí que haría en el futuro

Sin embargo, este hecho no le impidió acudir en otras ocasiones a la misma iglesia; al contrario, su amor a Nuestra Señora, fortalecido por esta prueba, no hizo sino aumentar. Su afecto era desinteresado, lo opuesto al amor egoísta y sentimental cuyos efectos podemos ver en las alegrías frenéticas y efímeras de hoy...

Entrada en la vida religiosa

Se cuenta que conocidos de la familia, admirados por la precocidad de la vida interior de Hermano, le aconsejaron que ingresara en la orden premonstratense, de los hijos espirituales de San Norberto. Así pues, como era corriente en la Edad Media, las puertas del monasterio de Steinfeld se abrieron para recibir a esta insigne vocación cuando tan sólo tenía 12 años.

Sin dificultad, el novicio adquirió los hábitos y costumbres de la vida monástica, lo que acentuó su dependencia de la Santísima Virgen, quien, a su vez, dejaba traslucir en las más variadas circunstancias la confianza que depositaba en él.

De hecho, la orden premonstratense vio brillar de modo especial en ese religioso las virtudes del esposo de María, hasta tal punto que en el monasterio se creó la costumbre de llamarle Hermano José. Aunque, por humildad, manifestara cierta contrariedad a ese honroso título, no tardaría en llegar la aprobación del Cielo al respecto...

La recompensa por la virginidad consagrada

Un día, estando en el coro, tuvo una visión. Dos ángeles hablaban de las virtudes de un varón, y Nuestra Señora, resplandeciente de belleza, estaba junto a los espíritus celestiales. Hermano los escuchaba atentamente, mientras contemplaba a su amada Señora:

—¿A quién daremos por esposa a esta soberana Princesa y Virgen purísima? —preguntó uno de los ángeles.

—¿Quién habría más a su gusto que este religioso? —respondió el otro.

—Ven, pues —prosiguió el primero, dirigiéndose a Hermanno—, acércate y recibirás la mayor dicha que, en premio a tu devoción y virginal pureza, el Cielo te ha reservado.

En el momento que, impelido por la obediencia, se acercó a la Reina de las vírgenes, uno de los ángeles le dijo:

—Conviene que así sea, José, porque el Altísimo ha ordenado que desposes a esta castísima Doncella.

De los desposorios entre la Virgen y San José se originaron otras uniones espirituales, como la establecida entre María y Hermanno



Desposorios de la Santísima Virgen – Iglesia de San Pedro, Aviñón (Francia)

Desconcertado, el humilde monje no quería atribuirse el nombre del casto esposo de María, creyéndose indigno de tal honor. Entonces se acercó uno de los embajadores celestiales y, tomando la mano de Hermanno, la unió a la de Nuestra Señora, realizando el sublime desposorio con estas palabras:

—Mira que te hago entrega de esta soberana Doncella, para que la tengas y reconozcas por tu Esposa, así como en otro tiempo fue entregada y desposada con San José. Y como prenda carísima de esta celestial Esposa, en adelante José también será tu nombre.

Podría decirse que, del desposorio virginal de María y José se originaron otras uniones espirituales a lo largo de los siglos, con la Sagrada Familia como arquetipo. Y no sería difícil conjeturar la posibilidad de que Hermanno participara en este circuito de gracias místicas de carácter esponsalicio, en cuanto religioso. Su castidad lo elevaba a un grado especial de unión con la Santísima Virgen, reservado a pocos a lo largo de la historia. Se trataba de un alma que parecía estar más en el Cielo que en la tierra, en la que la gracia divina había encontrado el cauce que necesitaba para establecer entre los hombres una nueva convivencia con Nuestra Señora.²

Así, desde aquel día, su virginidad consagrada recibió las bendiciones de las sagradas nupcias: María se convirtió, oficialmente, en la Guardiana de su corazón, acompañándolo día y noche en el monasterio.

Extremos de afecto de una amistad impar

En una ocasión, mientras caminaba por el claustro, Hermanno tropezó con una piedra y cayó bruscamente al suelo. Los monjes que se encontraban cerca

corrieron a socorrerlo y vieron que le salía sangre de los labios. Sin embargo, él permanecía tranquilo y sereno, controlándose para no exteriorizar el terrible dolor que sentía.

Entonces se le apareció la Santísima Virgen y le preguntó:

—Dime, querido esposo, ¿qué te ha sucedido?

—Señora, he perdido en una caída que di dos dientes y estoy padeciendo vehementísimos dolores —respondió Hermanno, con sencillez.

Al instante, para aliviar el sufrimiento de su amado, Nuestra Señora le restituyó los dientes perdidos.

Modelo de religioso

Cabe señalar que en la vida religiosa el amor a Dios se manifiesta en el amor al prójimo y en las buenas obras realizadas; de lo contrario, reinan en ella el egoísmo y la soberbia.

La caridad evangélica de este santo, fortalecida más tarde por la unción sacerdotal, era uno de los efectos más claros de su relación con la Santísima Virgen, extendiéndose con naturalidad a sus hermanos de hábito. Se dice que su corazón era como un «hospital general», un refugio al que podían acudir los demás frailes, los afligidos y todos aquellos que buscaban una acogida segura, con la certeza de que la encontrarían en el apoyo fraterno del religioso.

Pero sus buenos ejemplos se hallaban, sobre todo, en el sufrimiento. La vida de Hermanno estuvo marcada por ininterrumpidas mortificaciones corporales, ayunos y abstinencias. Pasaba horas en vigiliass nocturnas, rezando o meditando, y era constantemente asaltado por tentaciones y enfermedades.

Además, sufría de fuertes migrañas, dolencia que sobrellevó hasta el final de su vida con verdadera resignación y espíritu de sacrificio. Con esta enfermedad Dios le ponía a prueba, bien antes, bien durante la celebración eucarística. A veces, sin ninguna explicación física, el dolor de cabeza ce-

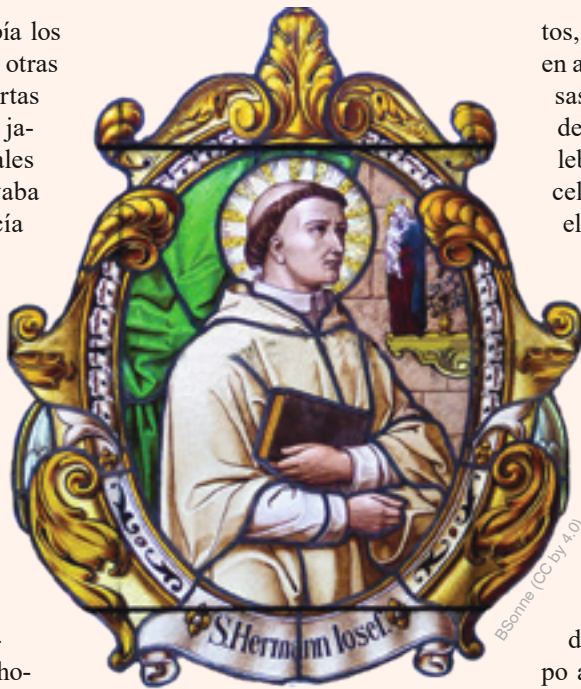
saba en el momento en que subía los escalones del altar; en cambio, otras veces, cuando se acercaban ciertas solemnidades de la Iglesia, la jaqueca aumentaba. Ignorando tales molestias, Hermanno no llevaba cuenta del tiempo y permanecía en el presbiterio, o en el canto del oficio, hasta el final del acto litúrgico, sin dejar que nunca se notara el malestar que sentía.

Arrobamientos místicos en el altar

Las misas de Hermanno parecían acompañar las glorias de la eternidad... Durante años, raptos místicos y éxtasis lo detenían en plena celebración: permanecía quieto varias horas, sin mover los labios ni pestañear. Algunas personas, impresionadas por la escena, se acercaban para analizar su fisonomía, que en esas ocasiones manifestaba una pureza angelical. Pero la proximidad de otros no interfería en el fenómeno, y seguía inmóvil. Cuando «despertaba», continuaba la misa exactamente donde la había dejado, sin dificultad alguna.

No obstante, algunas religiosas se sintieron molestas por la larga duración de estas eucaristías y le dijeron al santo que carecían de recursos para conseguir más velas, ya que se agotaban más rápido de lo previsto. Para ayudarles a resolver el «problema», que era más espiritual que material, Hermanno obró un milagro: la cera de las velas no se consumía mientras duraba la renovación del santo sacrificio.

En el período que estuvo ejerciendo de sacristán del monasterio, de-



San Hermanno José - Iglesia de San Pancracio, Kirchenweg (Austria)

Al final de su vida terrena, Hermanno José recibió como premio la plenitud de la unión con la Santísima Virgen por toda la eternidad

mostró especial celo por la limpieza de todo lo relacionado al culto del Santísimo Sacramento, como corporales, albas y sobrepellices; y por el orden de los objetos litúrgicos, como aconseja la regla premonstratense. Cuando administraba los sacramen-

tos, un joven sacristán se empeñaba en ayudarlo, especialmente en las misas. Admirado por el recogimiento del santo durante y después de la celebración, se sentía atraído por una celestial fragancia que impregnaba el lugar, que atribuía a la castidad de Hermanno.

El final de una existencia angelical

En 1241 llegaba a su fin su trayectoria, marcada por el sufrimiento, las pruebas y los milagros. Con más de 90 años, Hermanno entregaba su alma a Dios en el monasterio cisterciense de Hoven.

Se cuenta que siete semanas después de su fallecimiento su cuerpo aún estaba incorrupto. Durante el traslado al monasterio de Steinfeld, la gente se aglomeraba alrededor del féretro para pedir gracias y curaciones; muchos se convirtieron al sentir el perfume que emanaba de su cuerpo virginal, al igual que había sucedido en vida.

Aún hoy, en medio de los horrores de todo tipo que nos rodean, la vida de este bienaventurado nos atrae a la práctica de la virtud angélica. Conforme lo describió uno de sus biógrafos, fue «virgen en el corazón, virgen en los ojos, virgen en los oídos, virgen en el olfato, virgen en el gusto, virgen en el tacto; de tal suerte, que respiraba fragancias de virginal pureza por todos sus sentidos y por todos sus miembros».³

En resumen, San Hermanno José supo encontrar en su relación con María Santísima, el *Vas spirituale* donde los santos custodian su castidad, la verdadera felicidad en esta tierra. ✠

¹ NORIEGA, José Esteban de. *El segundo esposo de María. Vida maravillosa del Beato Joseph Hermanno*. Madrid: Miguel de Rezola, 1730, p. 9.

² En sus homilias sobre el Cantar de los Cantares, San Gregorio de Nisa toma el matrimonio humano como punto de partida para comprender el matrimonio espiritual, que consiste en la

unión del alma con Dios. Esta unión se expresa en el misterio de la Encarnación y tiene como arquetipo la unión de Cristo con la Iglesia (cf. SAN GREGORIO DE NISA. *In Canticum Can-*

ticorum. Homilía 1; 4: PG 44, 770-771; 835-838).

³ NORIEGA, op. cit., p. 157.



Doña Lucilia, ¡ayúdame!

Maternal bondad para liberar a una persona secuestrada, solucionar una dificultad financiera, ayudar a un matrimonio en el cuidado de su hija pequeña..., así es como interviene Dña. Lucilia en favor de quienes recurren a ella.



✠ Elizabete Fátima Talarico Astorino

Nada hacía presagiar la fuerte conmoción que la familia de Pamela Balda sufriría aquel jueves, 30 de mayo de 2024. En la casa donde vive con sus padres y su hermana en Guayaquil (Ecuador), las actividades cotidianas transcurrían con normalidad cuando, alrededor de la una de la tarde, su madre, Anita Mariela Desiderio Hinostroza, fue víctima de un secuestro mientras iba en su coche.

La noticia dejó a sus familiares consternados. Igualmente impactados se quedaron parientes, amigos, conocidos... El suceso tuvo lugar a plena luz del día, en una calle muy transitada y, como suele ocurrir, las primeras búsquedas para averiguar el paradero de Mariela resultaron infructuosas.

Primer intento de rescate

A medida que pasaban las horas, aumentaba el peso de la prueba en

todos los miembros de la familia: la incertidumbre, el miedo y la angustia por el destino de Mariela les oprimían sus corazones. Pamela describe algunos detalles del drama que vivieron:

«Recibimos muchos mensajes de extorsión, pidiéndonos una suma inmensa de dinero, que no podíamos pagar. Negociando con los secuestradores, acordamos una cantidad por su liberación. Depositamos el dinero, esperamos durante toda la noche, hasta las primeras horas de la mañana, pero mi madre no llegó. En nuestra desesperación, pensamos que ya no iba a volver. Sinceramente tuve una crisis de fe, porque el Maligno



Reproducción

Momento del secuestro de Mariela, grabado por una cámara de seguridad

Un gran sufrimiento golpeó de un modo inesperado a la familia de Mariela. En ese momento, ¿cómo no dejarnos sacudir por la virtud de la fe?

suele aprovecharse en estos momentos de angustia».

Pero poco después, viendo un vídeo de los Heraldos del Evangelio en internet, Pamela sintió como si Dios le hablara, y entonces recuperó la confianza. Nada más natural: las pruebas y dificultades que atravesamos son tanto más duras cuanto menos esperamos que lo sean y más nos hieren en lo que tenemos de máspreciado; en este caso, el amor filial.

En tales circunstancias, la tentación de desesperarse se presenta con mucha fuerza y, si no hubiera sido por el auxilio sobrenatural, Pamela, como cualquier otra persona, habría sucumbido a la prueba. Sin embargo, al estar consagrada como esclava de amor a María Santísima, esta Madre celestial acudió en su ayuda, indicándole un modo de obtener la gracia que tanto anhelaba: pedir la intercesión de Dña. Lucilia.

Un buen consejo en el momento oportuno

Pamela prosigue su relato:

«Nunca había oído hablar de Dña. Lucilia. Supe de ella porque tengo un amigo de infancia, que considero como mi hermano, en los Heraldos del Evangelio. Hacía mucho tiempo que no hablaba con él, pero en esos momentos de aflicción quise contarle lo sucedido, para pedirle oraciones. Me aconsejó que recurriera a la intercesión de Dña. Lucilia, asegurándome que ella traería de vuelta a mi madre. A partir de entonces, empecé a rezarle mucho por mi madre.

»Al día siguiente de esta conversación —es decir, el miércoles 5 de junio por la mañana—, recé un rosario de jaculatorias, rogándole a Dña. Lucilia que me diera una prueba de que mi madre estaba viva. Por la tarde, en torno a las cuatro, ¡los secuestradores nos enviaron un mensaje de voz de mi madre! Definitivamente, fue un “milagro”. Por fin pudimos saber que estaba viva, y esto sirvió de motivación para que la policía continuara la búsqueda».

Segundo intento de rescate

La señal que Pamela le había pedido a Dña. Lucilia había sido dada, y se apresuró a transmitírselo a los agentes de policía, para que ellos también recurrieran al auxilio de esta bondadosa dama:

«Les conté que Dña. Lucilia nos había hecho un “milagro”. Ellos se interesaron mucho, me preguntaron su nombre e incluso me escribieron por WhatsApp para que les diera más información. Les envié un enlace de YouTube donde relataban algunos de sus “milagros”. Al día siguiente, jueves 6 de junio, ellos ya habían decidido buscar a los delincuentes. Entonces les pedí que rezaran a Dña. Lucilia porque, si gracias a ella recibí la señal de que mi madre estaba con vida, gracias a ella también descubriríamos su paradero. Y eso fue lo que hicieron».

La búsqueda continuó, con alentadores resultados; no obstante, a la familia de la secuestrada le esperaba una nueva decepción: «A las siete de la tarde la policía nos dio la noticia de que habían encontrado a dos de los delincuentes involucrados en el caso y que uno de ellos supuestamente nos iba a indicar dónde estaba mi madre.

Éste llevó a la policía al lugar donde la tenían retenida, pero mi madre ya no estaba allí... Fue un momento horrible, aunque algo dentro de mí me decía que estábamos cerca de encontrarla, que no debía rendirme. Así que seguí rezándole a Dña. Lucilia».

Finalmente, la liberación

Pamela no sólo continuó rezando, sino que organizó una campaña de oraciones, compartiendo su historia con sus conocidos y pidiéndoles a todos que se unieran a sus súplicas para conseguir, por intercesión de Dña. Lucilia, la liberación de su madre. Y el resultado no se hizo esperar: «En la madrugada del viernes 7 de ju-

*Familiares y amigos
se unieron en oración
pidiendo a Dios,
por intercesión de
Dña. Lucilia, que
Mariela fuera liberada
de su cautiverio*



Mariela, con una foto de Dña. Lucilia, rodeada por su esposo y sus hijas, Estefanía y Pamela (a la derecha)

Reproducción

nio, el delincuente que tenía secuestrada a mi madre se puso en contacto conmigo».

La situación era muy delicada, pues la policía tenía en su poder a dos de los secuestradores y aún no había descubierto al resto de la banda ni el paradero de Mariela, y se temía que como represalia atentaran contra su vida. Los delincuentes hicieron algunas exigencias más y, finalmente, alrededor de las ocho y cuarenta y cinco de la noche, dijeron que la liberarían. De hecho, llegó a casa en menos de media hora.

Los secuestradores habían abandonado a Mariela en un lugar desierto y oscuro. No tenía idea de dónde estaba. Unos agentes de policía pasaron por allí, pero la ignoraron por completo, ya que no podían imaginar de quién se trataba. Entonces, un hombre que circulaba en motocicleta se detuvo y Mariela le pidió que le informara dónde se hallaba; y él, muy amablemente, se ofreció a llevarla a la avenida principal e incluso la ayudó a conseguir un taxi. Para la familia, este gesto sólo pudo ser fruto de una ayuda sobrenatural.

Pamela concluye así su relato: «Desde el domingo 2 de junio, todas las noches rezábamos en familia el rosario y la novena a Nuestra Señora de Fátima, con la intención de que mi madre apareciera. Yo rezaba el rosario individualmente desde que desapareció, y aún hoy lo sigo haciendo, pero ahora con mi madre. Le conté todo sobre Dña. Lucilia y ahora ella también recurre a su intercesión. Le prometí a Dña. Lucilia rezarle diariamente, junto con mis padres y mi hermana, un rosario de jaculatorias, hasta el final de mi vida».

Gracias al auxilio de Dña. Lucilia, Pamela volvió a tener reunida a su familia y, además —un don de valor inestimable—, fundamentada en la fe y en la oración. Una familia así está preparada para afrontar todo tipo de pruebas y dificultades.

Solución de un problema financiero

Como hemos visto antes, Pamela compartió sus aflicciones y esperanzas con sus conocidos, pidiendo las oraciones de todos por la pronta liberación de su madre. Ciertamente, esto no ocurrió por casualidad, sino por inspiración divina, que la llevó a difundir «el buen olor de Cristo» (2 Cor 2, 15) por medio de Dña. Lucilia, para que ésta pudiera interceder no sólo en favor de su familia, sino también de quienes sabían lo que le había sucedido a Mariela.



Doña Lucilia con su nieta, en 1929

Doña Lucilia está presente en las circunstancias más diversas, demostrando que es una madre para todos los momentos y en cualquier dificultad

Una beneficiaria de esa «campana» fue María de Lourdes Ubilla Bustamante, también residente en Guayaquil, que empezó sus peticiones a Dña. Lucilia en favor de Mariela y terminó siendo favorecida en la solución de un problema financiero, como ella misma narra:

«Conocí a Dña. Lucilia a través de mi hija, porque habían secuestrado a la madre de una de sus mejores amigas y ella pedía a sus conocidos y amigos que rogaran y prometieran algo a Dña. Lucilia para que su madre regresara sana y salva. Cuando me habló de ella, recuerdo que me puse a indagar quién era y vi que hacía muchos “milagros”. Junto con mi hija oramos mucho por la señora secuestrada y a los pocos días supimos de su liberación. A partir de ese momento no dejamos de rezarle a Dña. Lucilia y he aquí que me concedió a mí también un favor».

Desde 2022, María de Lourdes estaba tratando de recibir del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social (IESS) una considerable suma que le adeudaban. Además de la lentitud propia de las decisiones de este tipo de administraciones públicas, el pago siempre se posponía. Finalmente, decidió recurrir a Dña. Lucilia.

«El 12 de junio —relata ella—, teniendo verdadera necesidad de ese dinero, le pedí con mucha fe a Dña. Lucilia que interviniera. Luego subí a mi cuarto y me di cuenta de que había recibido una notificación del IESS en el teléfono: me avisaban que se había resuelto el problema. Revisé mi cuenta bancaria y, ¡oh, sorpresa!, habían depositado de una vez todo el dinero de la deuda. Agradezco el favor recibido de Dña. Lucilia, de quien le estoy hablando a muchas personas».

Dificultad para solucionar una limitación infantil

Otra familia, en una situación completamente diferente, recibió de

*Tras recurrir a
Dña. Lucilia para
agendar la operación
de su hija, la pareja
recibió la gracia de
que ya no hacía falta
que sometiera a ella*



Juliana y Leonardo con Mariana Lucilia;
al lado, el informe del pediatra que
atendió a la niña

Dña. Lucilia una gracia muy peculiar y quiere compartirla con nuestros lectores. Se trata de Juliana Araújo Ferreira Rosa y su esposo, Leonardo Picinatto Rosa, que ya contaron en esta revista cómo su tercera hija, Ana María, fue curada de un quiste por intercesión de Dña. Lucilia.¹

Recientemente este matrimonio recibió otra gracia a través de esta bondadosa protectora, para solucionar una pequeña limitación que sufría la menor de sus hijas, Mariana Lucilia.

Juliana nos cuenta: «Cuando nació Mariana Lucilia, me di cuenta de que tenía el frenillo lingual muy corto, es decir, el frenillo sublingual estaba muy cerca de la punta de la lengua, por lo que ni siquiera podía sacar la lengua. Obviamente, esto dificultaba un poco el proceso de alimentación de la niña».

Por esa razón, en su primera semana de vida Mariana ganaba poco peso, ya que no podía comer con facilidad. Preocupados por la situación, llevaron a la pequeña al pediatra, a fin de encontrarle una solución al problema: «El médico dijo que habría que hacerle una minicirugía, algo muy sencillo, que consiste en cortar el frenillo de la lengua. Una vez hecho esto, el bebé se va adaptando y puede alimentarse adecuadamente».

La consulta médica tuvo lugar un lunes. Deseosos de remediar el defecto sin demora, Juliana y Leonardo buscaron enseguida algunos odontopediatras

para agendar el procedimiento, pero ninguno de ellos tenía una hora disponible ese día ni los siguientes; sólo podrían al final de la semana.

Al verse humanamente impotentes para ayudar a su hija, ambos decidieron pedirle a Dña. Lucilia que intercediera por ella.

Caso resuelto, ¡sin intervención quirúrgica!

Continúa la narración de Juliana:

«Esa madrugada, alrededor de las tres, Mariana se despertó con hambre y, mientras la atendía, me acordé de rezar la coronilla de la misericordia pidiendo, por intercesión de Dña. Lucilia, que se resolviera su problema.

»Por la mañana, mientras preparaba unas vitaminas que ella debía tomar, Mariana empezó a llorar porque quería comer. Entonces me di cuenta de que el frenillo de la lengua se le había desprendido solo... ¡Fue algo increíble! Inmediatamente se lo agradecí a Dña. Lucilia, pues lo había solucionado antes de lo que esperábamos. Queríamos únicamente encontrar un médico que hiciera el procedimiento de inmediato y ella intercedió para que el frenillo se desprendiera sin intervención quirúrgica...».

Tras enviarle una fotografía de la lengua de Mariana Lucilia a su pedia-

tra para explicarle lo sucedido, el médico respondió, asombrado, que nunca había visto nada igual... A partir de ese día, la niña comenzó a alimentarse mucho mejor y, en su cita de rutina con el especialista a la semana siguiente, se comprobó que había ganado más del doble de peso que la semana anterior, prueba de que el problema se había resuelto por completo.

Juliana nos cuenta además: «El médico evaluó a Mariana y dijo: “No me lo puedo creer, pero el frenillo ¡se desprendió solo! Parece como si alguien la hubiera operado, dejándole la lengua normal!”». La reacción del pediatra, desde un punto de vista científico, es más que comprensible. Por ello, emitió un informe en el que declaraba que en todos sus años de profesión nunca había visto que un problema de ese tipo se arreglara sin intervención quirúrgica y, además, sin dejar marca alguna.

Para Juliana y Leonardo, la solución del caso tiene un nombre: «Una gracia más que atribuimos a la intercesión de Dña. Lucilia. Y, con esto, comprobamos que ella realmente se encarga de todo». ✨

¹ Véase el artículo «Madre siempre solícita y generosa», publicado en esta misma revista *Heraldo del Evangelio*, edición núm. 241, de agosto de 2023.

A Jesús, por María

El mes de febrero estuvo marcado por especiales bendiciones marianas para los fieles de habla hispana que hicieron su consagración como esclavos de amor a Jesús, por las manos de María, a través del curso que ofrece la Plataforma de Formación Católica Reconquista. Las ceremonias tuvieron lugar en Madrid, Sevilla y Málaga (España); en Toronto (Canadá); en Los Ángeles, Miami

y Garden Grove (Estados Unidos); en San José, Heredia y Cartago (Costa Rica); en San Salvador y Santa Ana (El Salvador); en Medellín y Tocancipá (Colombia); en Quito y Cuenca (Ecuador); en Lima y Cuzco (Perú); en Asunción e Ypacaraí (Paraguay); así como en las capitales Ciudad de México, Ciudad de Guatemala, Santo Domingo, Santiago de Chile, Buenos Aires y Montevideo.



Argentina

Alejandro Costantini



México

Ronny Fische



Garden Grove (Estados Unidos)

Pablo Olivera



Madrid

Freddy Gutiérrez



Cuenca (Ecuador)



República Dominicana

César Galarza



Miami (Estados Unidos)

Rene García



Canadá



Chile

Marcelo Vincenti



Málaga (España)

José Rugeles



Uruguay

Julio César Buitrago

Victor Serrano



Tocancipá (Colombia)



Los Ángeles (Estados Unidos)

Vincent Bassi



Ypacaraí (Paraguay)



Quito

Stefano Gavilanes



Emilio Pérez



Heredia (Costa Rica)



Santa Ana (El Salvador)

Sebastián Cadavid



Roberto Ferronato



Medellín (Colombia)



Guatemala

Roberto Salas



San José



San Salvador

Sebastián Cadavid



Cuzco (Perú)

Mauro Tanguuchi



Vincent Bassi



Fotos: Reproducción

Estados Unidos – Del 10 al 16 de febrero, miembros de los Heraldos del Evangelio llevaron a cabo una gran misión mariana en la zona de la Catedral de Cristo, en Garden Grove (California). Todos los días hubo misa, confesiones, charlas, momentos de oración y visitas de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María a los hogares. La misión concluyó con tres misas dominicales, celebradas en inglés, español y vietnamita

Fotos: Eric Salas



España – Cooperadores de los heraldos se reunieron los días 22 y 23 de febrero en la casa de la institución de Toledo para la celebración de su VII Encuentro Nacional. Además de charlas y momentos de oración en común, los participantes pudieron disfrutar de una agradable convivencia.

Fotos: Víctor Serrano



Sebastián Cadavid

Costa Rica y El Salvador – Con ocasión del aniversario de la aprobación pontificia de los Heraldos del Evangelio, el 22 de febrero, cooperadores de Costa Rica (foto 1) y de El Salvador (foto 3) renovaron sus compromisos como miembros de la institución. En el mismo mes, los cooperadores de Costa Rica participaron en un retiro predicado por el P. Leonardo Barraza, EP (foto 2).



Fotos: Gabriel Weiler

Brasil – En la casa de los Heraldos del Evangelio situada en la ciudad paranaense de Ponta Grossa, tuvo lugar otra bendecida «Tarde con María». El programa comenzó con la solemne coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, seguida de una charla del P. Ricardo José Basso, EP, y de la celebración de la santa misa.



Fotos: Guillermo Torres



Fotos: Xavier Jacob

Paraguay – Del 12 al 16 de febrero, sacerdotes heraldos se dedicaron a atender a los ancianos y los enfermos de la parroquia de Santa Liberata, del municipio de Villarrica, administrándoles los sacramentos de la confesión y la unción de los enfermos. Cada día de misión concluía con una charla de formación y con la celebración de la santa misa en la capilla de la comunidad visitada (fotos 1 a 3). El día 2 del mismo mes, los heraldos participaron en la misa en honor de la patrona en la parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria, en Capiatá (fotos 4 y 5).



Una virtud oculta en simples palabras

¡Qué rara es la virtud de la gratitud! A menudo se practica con meras palabras, por educación. Sin embargo, para que sea auténtica, debe rebosar del corazón con sinceridad.

✠ Lucas Rezende de Sousa



No creo que usted, querido lector, se haya parado nunca a contar cuántas veces al día oye o dice «muchas gracias», incluso en un mundo en el que esta expresión se utiliza cada vez menos. Además, pienso que no he sido el primero que hace resonar hoy en sus oídos tan sugerente fórmula.

Sin embargo, como suele ocurrir con lo que hacemos a diario, el uso de esta fórmula se ha desgastado considerablemente y su significado más profundo se ha vuelto desconocido para casi todos los que a menudo de ella se valen. *Assueta vilescunt...*

Algunos ven en el «muchas gracias» a un simple miembro de esa familia cuya matriarca es la noble dama «buena educación», cuyos hermanos son el aristocrático «por favor» y el gentil «disculpe», y cuyos primos son todas las famosas «palabritas mágicas» que se aprenden de niño.

Pero, en realidad, tras esas dos palabras aparentemente anodinas se esconden valiosas enseñanzas sobre ese acto a un tiempo tan común y raro, sencillo y hermosísimo como es el del agradecimiento.

En cada idioma, un matiz diferente

Los pueblos de lengua inglesa expresan su gratitud a través del *thank you*, y

la formulación alemana no es muy diferente: *vielen Dank*. Los italianos dicen *grazie mille* —influenciados por el latín: *gratias ago*, como en español: *muchas gracias*. Los franceses prefieren *merci beaucoup*; los árabes, el *shukran jazylan*; los japoneses, por su parte, optan por el amable y austero *arigató*.

Es cierto que todas estas formulaciones tienen la misma finalidad: agrade-

cer. No obstante, la manera de hacerlo tiene sus propios matices en cada idioma.

Santo Tomás de Aquino explica que la virtud de la gratitud presenta tres grados: «El primero es, por parte del hombre, el *reconocimiento* del beneficio recibido; el segundo, *alabarlo* y *dar las gracias*; el tercero, *recompensarlo* según las propias posibilidades y de acuerdo con las circunstancias de lugar y tiempo».¹

Por supuesto, no es necesario recurrir a estos tres elementos al mismo tiempo; le corresponde al hombre prudente decidir, conforme las circunstancias, si uno es suficiente o si se debe poner en práctica los tres.

Quizá por ese motivo ninguno de los idiomas mencionados expresa simultáneamente los tres grados de gratitud. Cada uno, a su manera, hace referencia a uno de ellos.

Primer paso de la gratitud: un ejercicio de memoria

Reconocer. Esto es lo que trata de hacer el *thank you*: en la lengua inglesa, *to thank* (agradecer) y *to think* (pensar) son, etimológicamente, la misma palabra. Y lo mismo ocurre con el alemán: *zu danken* (agradecer), viene de *zu denken* (pensar). Es el primer grado de la gratitud. De hecho, no se le



El primer grado de la gratitud consiste en el reconocimiento del favor recibido y en acordarse del benefactor

Uno de los leprosos curados vuelve para dar las gracias - Biblioteca del Monasterio de Yuso, San Millán de la Cogolla (España)

puede agradecer algo a un benefactor sin considerar, sin reconocer, sin pensar en el beneficio que él nos hizo.

Este reconocimiento debe estar presente, sobre todo, en nuestra relación con el Señor. Santo Tomás afirma que, para cumplir perfectamente el mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas, la primera condición es «la recordación de los beneficios divinos».²

Vemos, pues, que cuando se pretende adquirir la virtud de la gratitud hay que empezar por ejercitar bien la memoria... Está claro: quien no se acuerda de su benefactor, no se lo agradece; y quien no es agradecido, reflexiona San Agustín,³ pierde hasta lo que tiene.

A veces no basta con reconocer

La forma de agradecimiento de una gran parte de las lenguas latinas se sitúa en el segundo grado enumerado por Santo Tomás: la acción de gracias. Ejemplos de ello son el propio latín (*gratias ago*), el español (gracias), el italiano (*grazie*) y el francés (*merci*).⁴ La expresión árabe *shukran jazylan* se refiere igualmente a la acción de gracias.

En la mayoría de los casos, no basta sólo con reconocer interiormente el beneficio que se recibe; es justo e incluso indispensable manifestarle nuestra alegría a quien nos ha hecho un bien; además, es un deber de educación. A veces, sin embargo, ni siquiera es necesario hacerlo con palabras; la simple demostración de alegría ya constituye un agradecimiento.

Esto ocurre sobre todo en nuestra relación con Dios. De singular belleza es la comparación que el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira hizo al respecto: «El agua de una fuente que golpea en el suelo y luego salpica hacia lo alto una serie de gotas es también símbolo de la gratitud del beneficiario sobre el que recaen los favores celestiales y que lanza hacia arriba, de nuevo hacia el Cielo, su filial y jubilosa acción de gracias».⁵

Por el contrario, explica San Bernardo,⁶ cuando somos ingratos con nuestro divino Benefactor, éste puede



Como las gotas de agua de una fuente es la gratitud de quien recibe favores celestiales y lanza de nuevo hacia el Cielo su jubilosa acción de gracias

Fuente - Mairiporã (Brasil)

considerar por perdido el favor que nos ha dispensado y difícilmente nos lo concederá de nuevo, para no malgastar los tesoros de su Providencia.

Una obligación que se hace espontáneamente

Finalmente, analicemos la formulación portuguesa: *muito obrigado*. ¿Qué viene a significar tal expresión? ¿Acaso que el receptor quiere mostrarle a su benefactor que no aprecia su obsequio y que se ha visto «obligado» a aceptarlo? ¿O bien que, desconfiando de sus buenas intenciones, piensa que éste se ve «obligado» por algo o por alguien a hacerle un favor? Ciertamente que no...

En realidad, dicha fórmula tan singular es la única que se sitúa claramente en aquel tercer y más profundo nivel de gratitud del que habla el Doctor Angélico, que evidentemente presupone los dos anteriores: *ob-ligatus*; se trata de un vínculo, un deber de retribución.⁷

Cuando se dice *obrigado*, se le muestra al benefactor que la satisfacción por el bien concedido es tan grande que suscita la obligación de recompensarlo de alguna manera. Aunque no se trata de algo como una deuda, sino

de un deber de honestidad, que nace del corazón. De este modo, la retribución se «paga libremente [...] de pura cortesía».⁸

Por esta misma razón, añade Santo Tomás,⁹ no conviene que sea inmediata, porque quien se apresura en devolver no tiene el espíritu de un hombre agradecido, sino de un deudor que no ve el momento de verse libre de la deuda. Es mejor esperar el momento oportuno.

Debemos superar el bien que recibimos

Al menos en este aspecto —tal vez uno de los únicos— podemos decir que el portugués y el japonés son muy similares. El atrayente *arigató* también se refiere al tercer y más alto grado de gratitud, pero de un modo peculiar.

Arigató puede significar: la existencia es difícil, es difícil vivir, rareza, excelencia.¹⁰ Los dos últimos significados son fáciles de entender: en un mundo en donde la tendencia general consiste en que cada cual piense en sí mismo, el dar las gracias —un acto tan natural y sencillo— se convierte en algo raro e incluso excelente. Pero ¿cómo se puede relacionar «la existencia es difícil» con la gratitud?

En lo que se refiere a la retribución, Santo Tomás de Aquino¹¹ —con toda razón— se muestra bastante exigente. Según él, la recompensa debe ser mayor que el beneficio recibido.

Este es el motivo: una vez que hemos sido objeto de un favor y, por tanto, de un don gratuito, adquirimos una obligación real de dar también algo gratis. Ahora bien, si la retribución es menor que el beneficio, nuestra «deuda» de honor no estará «saldada»; si es igual, sólo habremos devuelto lo que recibimos. Así pues, para retribuir dignamente, es necesario superar el bien que se nos ha prodigado.

Pero si a veces es difícil, o incluso imposible, igualar en mérito el bien que nos han hecho, ¿cómo se supera esto? Por ejemplo, nunca se le podrá dar a Dios —ni siquiera a nuestros padres—

toda la honra que le corresponde por todo lo que hemos recibido. Se entiende así cómo «la existencia es difícil», cómo «es difícil vivir», desde el momento en que hemos sido objeto de un beneficio y estamos dispuestos a recompensarlo en consecuencia.

¿Cómo salir de esta situación? ¿No parecería mejor no ser nunca receptor de benevolencia, huir de todo benefactor, que tener que soportar una carga tan pesada como la gratitud? Si usted, querido lector, ha pensado eso, por favor cálmese; la solución resulta mucho más fácil.

Gratitud no es sinónimo de pago

En primer lugar, hay que tener en cuenta que el verdadero benefactor actúa sin pretensiones, sin esperar retribución. Por lo tanto, huir de él, por miedo a convertirse en un eterno endeudado, sería como intentar esconderse del sol a medianoche...

El mundo actual, donde todo es comercio, comprende muy poco la virtud de la gratitud. Por eso, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira lamenta que «la virtud de la gratitud sea entendida hoy de forma contable. De modo que si alguien me hace un beneficio, debo responderle, contablemente, con una porción de gratitud igual al beneficio recibido. Hay, pues, una especie de pago: un favor se paga con afecto, así como la mercancía se paga con dinero. Entonces, he recibido un



El tercer grado de la gratitud requiere una retribución de amor, en virtud del vínculo creado con el benefactor

Misa en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Caeiras (Brasil)

favor y tengo que arrancar de mi alma un sentimiento de gratitud».¹²

La verdadera retribución es mucho más accesible de lo que imaginamos, porque el beneficio no se paga con oro o plata. El tesoro del que brota la gratitud está dentro de nosotros mismos: nuestro corazón.

El verdadero sentido de esa olvidada virtud

Para discurrir, pues, sobre el verdadero rostro de tan noble virtud, vuelvo a cederle la pluma al Dr. Plinio, que la explicó con la precisión, profundidad y vuelo que le son propios:

«La gratitud es, en primer lugar, el reconocimiento del valor del benefi-

cio recibido. En segundo lugar, es el reconocimiento de que no merecemos ese beneficio. Y, en tercer lugar, es el deseo de dedicarnos a quien nos ha hecho el servicio en proporción al servicio prestado y, más aún, a la dedicación mostrada hacia nosotros. Como decía Santa Teresa de Lisieux: “El amor sólo con amor se paga”. O se paga la dedicación con dedicación o no se paga nada».¹³

Una disputa entre dedicaciones: ésta es la virtud de la gratitud. Qué hermoso y noble es ser émulo unos de otros cuando se trata de afecto, bienquerencia, dedicación. Según San Pablo, ésta es la única deuda digna de un cristiano: «A nadie le debáis nada, más que el amor mutuo» (Rom 13, 8).

Ahora bien, ¿en qué consiste esa dedicación sino en aquel vínculo tan bien expresado en el *muito obrigado* —*ob-ligatus*? ¡Cuánta profundidad en palabras tan simples! Pronunciarlas es muy fácil, pero ponerlas en práctica... En este sentido, podemos decir con Mons. João Scognamiglio Clá Dias: «¡Qué rara es la virtud de la gratitud! Muchas veces se practica sólo por educación y con meras palabras. Sin embargo, para que sea auténtica, debe rebosar del corazón con sinceridad».¹⁴

Por último, consciente del esfuerzo que usted, querido lector, ha hecho para llegar al final de este artículo, no me atrevería a concluirlo de otra manera que con un sincero y cálido «*muito obrigado!*». ✨

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 107, a. 2.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *De decem præceptis*, a. 1.

³ Cf. SAN AGUSTÍN DE HIPONA. «Sermo 283», n.º 2. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1984, t. xxv, p. 96.

⁴ «*Merci* viene de *merces* (salario), que en el latín popular tomó el significado de *pre-*

cio, del que derivó el de *favor* y el de *gracia*» (LAUAND, Jean. «“Obrigado”, “Perdoe-me”»: a Filosofia de São Tomás de Aquino subjacente à nossa linguagem do dia a dia». In: *Hospitalidade*. São Paulo. Año xvi. N.º 2 [mayo-ago, 2019], p. 142, nota 11).

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Como grandes voos de espírito». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año iv. N.º 43 (oct, 2001), p. 34.

⁶ Cf. SAN BERNARDO DE CLARAVAL. «Sermo 27», n.º 8. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1988, t. vi, p. 232.

⁷ Cf. LAUAND, op. cit., p. 142.

⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*. II-II, q. 106, a. 1, ad 2.

⁹ Cf. *Idem*, a. 4.

¹⁰ Cf. LAUAND, op. cit., p. 142.

¹¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, op. cit., a. 6.

¹² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Palestra*. São Paulo, 1/6/1974.

¹³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Palestra*. São Paulo, 27/12/1974.

¹⁴ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «Diez curaciones y un milagro». In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2012, t. vi, p. 412.

... cómo surgió la aclamación del Aleluya?

Entre las templadas explosiones de júbilo que marcan la ceremonia de la Vigilia en la Noche Santa, una llama la atención por su cándida y solemne efusividad: el anuncio de la Pascua, momento en el que el diácono, dirigiéndose al celebrante, hace una proclamación cuya palabra final —silenciada durante toda la Cuaresma y repetida luego frecuentemente a lo largo del Año litúrgico— parece concentrar la alegría que invade el alma de los fieles por la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte: «Reverendísimo Padre: os anuncio un gran gozo, el Aleluya».

Pero ¿qué significa y por qué se usa en la sagrada liturgia?

El término *aleluya* proviene de la expresión hebrea *hallelu Yah*, que quiere decir: «Alabad al Señor», y se

empleaba originalmente en el culto israelita. La Santa Iglesia lo incorporó al considerarlo una aclamación de triunfo, un grito de alegría.

Su utilización litúrgica comenzó en Oriente, concretamente en Alejandría, con San Atanasio y San Cirilo. Es probable que su introducción en Occidente se debiera al papa San Dámaso, a instancias de San Jerónimo. Al principio sólo se usaba el día de la Pascua, extendiéndose después, en el siglo V, a todo el Tiempo pascual y, más tarde, por orden del papa San Gregorio Magno, a las misas de todo el año, excepto las de Cuaresma y las de otros días penitenciales. ✦



Vigilia Pascual en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil), en 2019

... que el corporal debe ser de lino blanco?

San Juan nos narra en su evangelio que, tras la muerte del Señor, José de Arimatea y Nicodemo «tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas» (Jn 19, 40). De hecho, entre los judíos se acostumbraba a amortajar al difunto con franjas de lino y ungirlo con bálsamo antes de llevarlo al sepulcro.

En atención al cuidado, reverencia y desvelo que estos dos discípulos tuvieron con el cuerpo del Señor, la Santa Iglesia determinó que siempre se utilizara lino puro en la confección de todos los paños sagrados destinados directamente al servicio del altar, como, por ejemplo, el corporal.

Uno de los ornamentos más antiguos usados en la misa, el corporal es una pieza cuadrada, con una cruz bordada cerca de la orla, empleado para

colocar sobre él los vasos sagrados que contienen la Eucaristía. De este modo, encarna un nuevo sudario, que se ordena a resguardar el cuerpo de nuestro Redentor, ya no en el sepulcro, sino durante la renovación incruenta del sacrificio del Calvario.

En los primeros tiempos de la Iglesia, el corporal era más grande que los actuales, hasta el punto de que eran necesarios dos diáconos para poder extenderlo sobre el altar. Uno de sus extremos incluso se utilizaba para cubrir la copa del cáliz, una costumbre que, posteriormente, sería sustituida por el uso de la palia.

El color blanco del corporal simboliza el estado de gracia de aquellos que se acercan al altar, condición indispensable para recibir la comunión. ✦



Celebración de la santa misa

Entre el monasterio y el centro comercial

Explosión de colores, elegancia en las formas, lujo en los mínimos detalles... ¿Buen gusto o exageración? ¿Para qué tanta belleza?

✎ P. Felipe de Azevedo Ramos, EP



El edificio que ilustra estas páginas, construido a finales de la Edad Media en estilo gótico flamígero policromado, es un claro ejemplo del espíritu que impregnó su época.

Su llamativa y realmente artística techumbre permite al espectador adivinar la altura de los techos de los salones interiores. Uno de ellos también aparece representado aquí: su techado abovedado, sus vitrales y su hermoso retablo, dispuestos junto a camas adornadas con esmero, forman un cuadro asombroso. ¿Una capilla? ¿Un dormitorio? ¿De qué se trata?

Si fuera un monasterio, ¿qué audacia tendrían sus residentes al colocar un altar con el Santísimo Sacramento en el mismo sitio donde dormían!... Pero estamos lejos de eso. De hecho, un noble llamado Nicolás Rolin construyó este «palacio» con vistas a ser... ¡un hospital de caridad para indigentes! Hablamos del Hôtel-Dieu de Beaune (en la Borgoña francesa), una mera muestra del espíritu caritativo que animaba a la civilización cristiana en su conjunto.

Al comienzo, los establecimientos sanitarios cristianos estaban destinados esencialmente a dar cobijo a los extranjeros, aunque también cuidaban de los enfermos.¹ No obstante, este último propósito se convirtió poco a poco en el principal. En este sentido, la Orden de los Caballeros de San Juan, conocidos como los hospitalarios, y el acogedor

albergue que fundaron en Jerusalén ejercieron una enorme influencia. Según el código de administración del lugar, escrito en 1150, todo enfermo que se acercara allí debía recibir los sacramentos de la confesión y la comunión, y luego ser llevado a su cama e, independientemente de su condición social, tratado como un señor.²

El hospicio de Jerusalén pronto inspiró, en distintos puntos de la cristiandad, la creación de instituciones que imitaran su seriedad en el cuidado de los enfermos y su preocupación por su limpieza física y moral. Por no hablar de los otros miles de centros caritativos o prestigiosas cátedras de medicina que el amor a Dios suscitó en el Occidente y el Oriente cristianos.

Sin embargo, la caridad no estaba destinada a sentarse para siempre en el mitológico trono de Asclepio. En el período moderno, la medicina se fue como «emancipando» progresivamente de la religión y de sus límites. Esta separación se manifestó de manera contundente después de la Revolución Industrial.

Como señalan algunos autores,³ los criterios de producción en serie empezaron a aplicarse gradualmente al ámbito de la salud, en un proceso que ha llegado hasta nuestros días. Una dolorosa prueba de ello es la impersonalidad y masificación de las relaciones, orientadas al bienestar estrictamente físico del enfermo.

¿Cómo se soluciona ese problema? En vez de perdernos en consideraciones teóricas, recurramos directamente a la simple experiencia de la vida real.

Hace unos meses, por motivos pastorales, tuve que visitar un hospital. El establecimiento me impresionó desde la entrada, donde me vi casi «obligado» a pasar frente a un bien equipado bazar. Más adelante, nuevas sorpresas: a la derecha, la sucursal de una franquicia especializada en chocolates; a la izquierda, el representante de un famoso distribuidor de aperitivos selectos; al fondo, una encantadora librería... ¿Me había equivocado de dirección?

En realidad, no. Siempre hemos escuchado que algunos hospitales buscaban adoptar una presentación *sui generis*, inspirada en los centros comerciales, para distraer a sus pacientes. El objetivo no parece mal concebido. Al fin y al cabo, ¿qué habría de censurable en rodear el sufrimiento de imágenes «positivas» con vistas a levantar la moral de los enfermos? Además, el «hospital-centro comercial» tiene la ventaja de producir, gracias a sus pequeñas tiendas, beneficios suculentos...

Para ser más precisos, desde un enfoque biopsicosocial —por utilizar un término actualmente en boga—, los profesionales sanitarios han aplicado cada vez más el concepto según el cual la buena recuperación de un paciente depende, en gran medida, del ambiente que lo rodea.

Ahora bien, cabe señalar que esto no se trata de un descubrimiento moderno. Ya en el siglo xv, el Hôtel-Dieu de Beaune tenía la misma finalidad, con una única diferencia: mientras que hoy es necesario disfrazarse de centro comercial para no perder los ánimos, los medievales encontraban su consuelo en la luz tamizada de los vitrales, en la convivencia con religiosos y monjas de profunda abnegación y virtud y en la frescura de la presencia sacramental de Nuestro Señor Jesucristo. ¿No cree usted, lector, que eligieron la mejor parte? Y precisamente esa «parte» es la que el Hôtel-Dieu de

Beaune ofrecía a sus «huéspedes», proporcionándoles cuidados de salud física en un entorno monacal, concebido para revitalizar el equilibrio espiritual.

Entonces, ¿la medicina medieval iría por delante de la actual? En ciertos aspectos, como el comentado anteriormente, me atrevería a responder afirmativamente. Pero el tema es demasiado complejo para limitarse a un simple sí o no.

Quizá otra pregunta nos lleve a una respuesta más fácil: si la caridad hubiera seguido siendo el motor del comportamiento humano hasta nues-

tros días, ¿a qué nivel se encontraría la medicina contemporánea? O también, ¿qué modelo de hospital resultaría más eficaz para curar incluso los cuerpos: el centro comercial o el monasterio? ❖

¹ Cf. WOODS, Thomas E. *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*. Madrid: Ciudadela Libros, 2007, p. 218.

² Cf. RISSE, Guenter. *Mending Bodies, Saving Souls. A History of Hospitals*. New York: Oxford University Press, 1999, p. 141.

³ Véase, por ejemplo: SGRECCIA, Elio. *Manual de Bioética*. 2.ª ed. São Paulo: Loyola, 2004, t. II, pp. 18-19.



Arriba, a la izquierda, religiosas atienden a un enfermo en el Hôtel-Dieu de Beaune; a la derecha, la Habitación de los Pobres, con un altar al fondo donde se guardaba el Santísimo Sacramento. Abajo, vista del patio interior del edificio





Doña Lucilia
en marzo de 1968

Doña Lucilia poseía una confianza ilimitada en la misericordia del Señor y le pedía perdón para sí misma —porque toda criatura humana tiene defectos— y también para aquellos a quienes ella amaba, e incluso para los que no la amaban, pero a quienes ella quería hacer el bien.

Plínio Corrêa de Oliveira